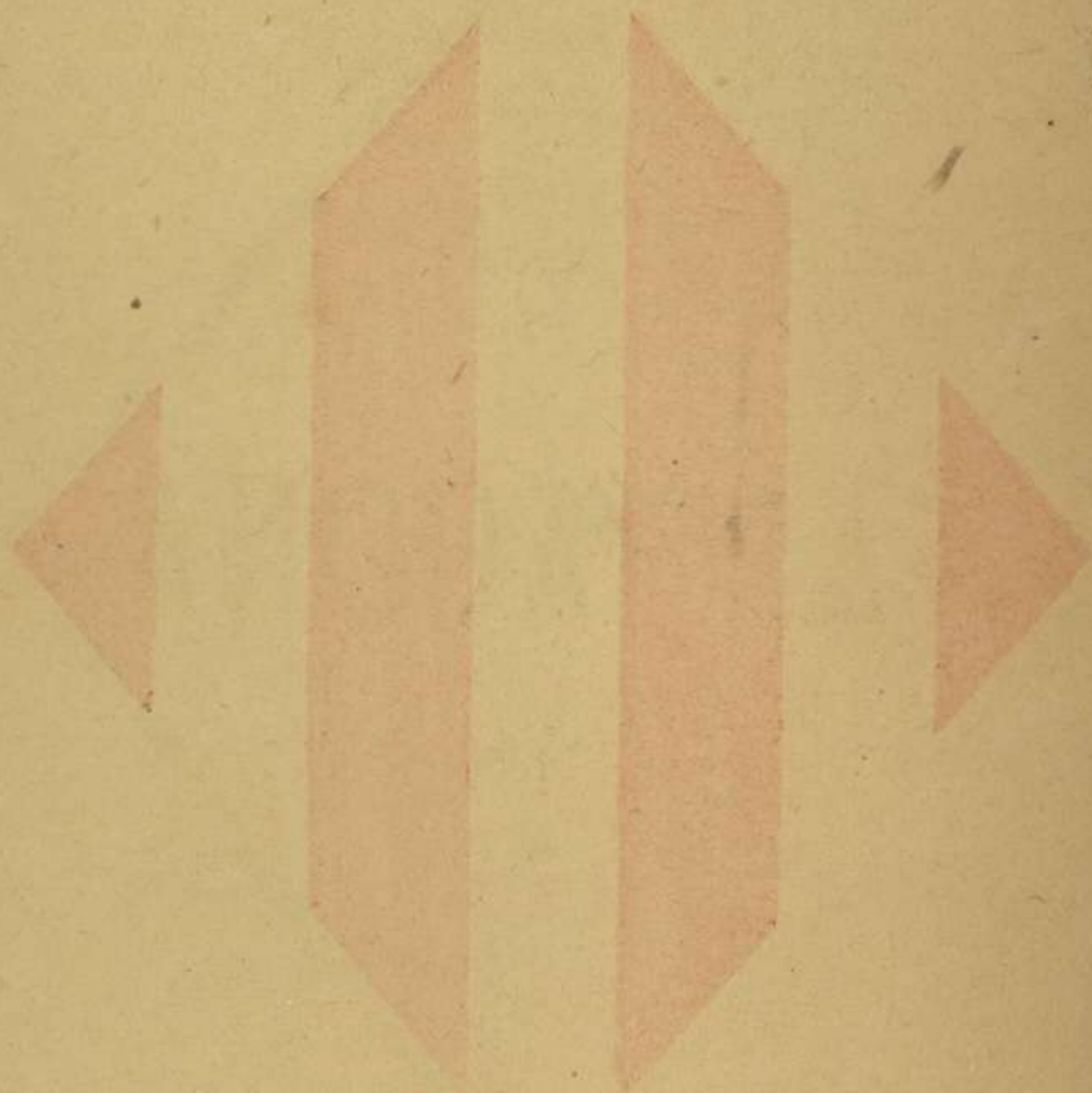


EPISODIOS DE MI TIERRA



Francisco Gras y Elías



Blanco

NA: 344994

94(460).061

R.: 53.698

GM/584

España - Historia - 1808-1814,
Guerra de la Independencia

TARRAGONA EN 1811

Successor de T. Alegret y Lleras
Carrazana, Enero de 1903

EPISODIOS DE MI TIERRA

IV

TARRAGONA

EN 1811

POR

Francisco Gras y Elías



BARCELONA

Establecimiento Tipográfico de Vives y Susany

MUNTANER, 36, INTERIOR

1894

ES PROPIEDAD DEL AUTOR



D. Antonio Soler y Soler

Decano de los notarios de la provincia de Tarragona, entusiasta de las glorias patrias é iniciador de la sociedad Fomento de Tarragona, dedica este episodio, página de entusiasmo y de martirio de su fidelísima ciudad natal, su afectísimo y particular amigo:

Q. B. S. M.

EL AUTOR.

I

Apreciada Perpétua: comprendo tu soledad y tu tristeza desde que la pobrecita Candelaria se fué derechita al cielo, y tu pobre hermano, el nunca bien llorado D. Lorenzo, dejó este valle de lágrimas y miserias refugiándose en el seno del Señor, obligándote su muerte á dar la vuelta precipitadamente á Valls. Dices, que tu casa es una jaula vacía. Falta el pájaro. ¡Dichoso mil veces él, que ha roto los lazos que le ligaban á este mundo y libre y suelto entona sus cantos en los jardines de la gloria!... No tomes tan á pecho las desgracias que pesan sobre tu casa y repite con el cachazudo Job: «Dios lo dá y el Señor lo quita», y la más santa de las resignaciones se albergará de nuevo en tu atribulado pecho.

El mundo, hija mía, es, ha sido y será del modo que lo hemos conocido y no hay que pensar en enmendar la plana al Criador. «La tierra gira en derredor del sol y la luna de la tierra», reza una copla popular, y de la mismísima manera que Adán viajó por este valle de lágrimas, peregrinamos nosotros y continuarán peregrinando los que nos reemplacen, por los siglos de los siglos. Dicen los impíos y los ateos, que abundan mucho en estos pícaros tiempos de revoluciones sociales, literarias y políticas, que eso de pasar de la vida á la muerte, se reduce á un cambio de habitación, como si dijéramos, ir de la alcoba á la fosa. El cuerpo no diré lo contrario; pero el alma según sus méritos, emprende un viajecito más corto ó más largo, más penoso ó más agradable, y desde la cárcel del cuerpo se precipita á la del infierno ó vuela derechita á la gloria. No todas las almas, al despojarse de la envoltura material, escalan el camino del cielo, pues son muchas las que en el purgatorio esperan tanda, aguardando con impaciencia el feliz momento de trocar el fuego que quema y no consume, por la esplendente luz del paraíso.

Volvamos la hoja.

Te participo como mi obra *La Fisiología de los manjares ó los placeres de la mesa*, ha tenido gran aceptación. He recibido

muchas felicitaciones; pero también he pasado disgustos serios. España es el país de los envidiosos. Todo el mundo se mete á poeta, á crítico y á censor, sin pedir permiso á nadie. ¡Lo qué me pasa á mí no tiene ejemplo en la historia!.. Juzga, que cuatro botarates han dado en decir, que mi obra es una mala traducción francesa. Para cierta clase de gente todo lo bueno ha de venir de la impía Francia, aún que ésta nos muele á palos. La cocina española no tiene rival en el arte culinario.

Jamás se le ocurrirá á un gabacho lo que yo escribo en la página 254, línea 7, aquello de:

Un galán y una dama noble y fina,
solos en la cocina,
ríquisimo jamón aderezaban, etc.

¡Ay! apreciadísima Perpétua, métete á autor de libros, devánate los sesos procurando confortables deleites para la mesa, sin dejar en olvido los ejercicios espirituales, gasta un dineral en la impresión de la obra, para que un mequetrefe, que aún no ha soltado los andadores, te ponga el sanbenito de que es otro el padre de la criatura!.. Pero no desmayo, no me amedrentan sus burlas y chacotas á cencerros tapados, mis detractores serán confundidos y mi nombre pasará á la posteridad, pese

á quien pese. Pero hablándote con la franqueza que me caracteriza, preferiría que fuera una obra mística la que me otorgase tal galardón. Fijo en esta idea, he llenado algunas cuartillas ensalzando las glorias de Santa Ursula. ¡Cuánto siento que *La Tirana*, lleve el nombre de tan esclarecida matrona!....

El plato del día es la política. La toma del castillo de Figueras por Rovira, que ha llenado de confusión á Macdonal, ha vuelto la tranquilidad á todos los ánimos tristes y decaídos por la rendición de Tortosa. Un clavo saca otro clavo y las lágrimas de ayer se han convertido en himnos de júbilo. ¡Mil años duren!... Tarragona presenta un animado aspecto. Ha cambiado por completo, parece otra. Por las calles se ven á miles de rostros desconocidos. Muchísimas familias han abandonado sus pueblos, villas y ciudades refugiándose en esta plaza, inespugnable baluarte del Principado catalán. Tarragona es el arca santa de Cataluña, y ¡ay! del francés que se atreva á poner la mano en ella. ¡No quedará con ganas de volverlo á repetir!...

Ayer me decía el señor Alcalde, que pasan de 60.000 almas las que se han refugiado dentro de estos muros, lo que ocasiona muchas molestias y graves disgustos

á los verdaderos vecinos, personas pacíficas, de vida ordenada y enemigos del bullicio, de jaleos políticos y de algaradas sociales.

Estoy convencido de que Tarragona no caerá en poder de los franceses, aún que el señor Bonaparte tenga puestos los ojos en nuestra metropolitana ciudad, pues por su posición marítima y por sus fuertes é inespugnables muros que han sido reparados, principalmente los que ciñen la parte alta de la capital, resistirán á todo ataque, por valiente, decidido y numeroso que sea el enemigo. A más, Santa Tecla nos libraría de todo mal.

En el fuerte del Olivo se llevan á cabo trabajos importantes y se ha levantado un fuerte llamado Francolí en la desembocadura de este río. Se calculan en 30.000,000 de reales los gastos de la obra, y todos los vecinos pobres y ricos, con un desprendimiento que les honra, han contribuido á la construcción de armas, fuertes y muros y hasta señores de la nobleza, después de prestar su bolsa, se ofrecen como peones de albañil trabajando sin descanso de día y de noche. Esto me entusiasma. La España de Sagunto y de Numancia asoma de nuevo la cabeza entre los gloriosos escombros de Gerona y Zaragoza. ¡Bendita sea mil veces tan hermosa resurrección!...

Entre paréntesis: La gente moza, apesar de las calamidades que nos afligen, piensa en divertirse. En casa de nuestro buen amigo D. Amancio Montagut, ha tenido lugar una función dramática. Me negaba á asistir á esta fiesta; pero fueron tantas las súplicas, los ruegos é insistencias del padre y de la hija que dí mi brazo á torcer, dejándome llevar y traer como un autó-mata y concurrí á la representación. Sentía darles un feo. La mortificación es una de las más hermosas virtudes y yo la practico muy á menudo.

Como esta carta se vá haciendo larga, en otra te esplicaré detenidamente esta fiesta patriótica, que bien merece este nombre, pues vale la pena de ser conocida, y su relato será tal vez una gota de néctar vertida en el amargo cáliz de tu penosa y tristísima existencia. Dios esté contigo á todas horas. Recuerdos al amigo y buen patricio D. Pedro Pablo Baldrich, y recibe la bendición espiritual de este humilde siervo carmelita, que echa tan de menos la paz y tranquilidad de su perdido convento vallense.

FRAY DOMINGO.

II

He recibido tu carta, que me ha sido entregada por Antonio, el mozo de Francisco Abelló, el que provehía de pan de Valls á los señores canónigos de esta catedral. Como no ignoras, él no es panadero y todos los días antes del alba se dirigía en carro á esa villa, compraba el pan, regresaba á Tarragona y lo vendía en un portal de la bajada de la Misericordia, ganando muy buenos cuartos; pero gracias á la guerra, á este azote que nos ha enviado el cielo, la generalidad de los señores canónigos han abandonado la ciudad, y el pobre Francisco se ha quedado sin parroquianos. La capilla de la virgen de la Misericordia, que tanta devoción inspira á todo aquel barrio, ha sido cerrada y qui-

tada la Santa Imagen. Como esta celestial Señora es de plata maciza, y una verdadera obra de arte al mismo tiempo, ha sido enterrada en el subterráneo de una casa particular y no será trasladada á la capilla hasta que termine la guerra. Ya ves cuantos males nos ocasiona el señor Napoleón. Nos hemos quedado sin Virgen y sin pan de Valls, que parece amasado por los ángeles del cielo.

Hablemos de cosas más gratas.

Te prometí, en mi anterior, darte cuenta de la función drámatica en casa de don Amancio y cumplo lo prometido. El señor Montagut vive en la calle de la Destral, como no ignoras. Su casa es grande y espaciosa y el granero ha sido convertido en coliseo. Los invitados á la fiesta tomaron asiento sobre unos maderos apoyados en dos sillas. Aquellas *lunetas*, así llamaban á aquellos asientos los iniciadores y directores de la fiesta, eran lo más incómodo que imaginarse pueda. Los espectadores parecían buscar apoyo los unos en el hombro de los otros para no caer de espaldas y no dar de bruces con los de la fila de delante. Yo no pasé este mal rato, pues don Amancio me tenía reservado un sillón en donde se arrellanó cómodamente mi persona.

La función principió á las tres y media

de la tarde del último jueves y los alegres rayos del sol entrando por los anchos ventanales del granero, substituían á las arañas y candilejas que, tal vez por adorno, habían sido colocadas en la sala de espectáculos y en el escenario, que, entre paréntesis, producía muy buen efecto.

Un terceto musical amenizaba la función. Don Pepito Rubicundo, un modesto empleado en tesorería, é hijo de Motril, don Fermin Agridulce, encargado de la estafeta, que vió la luz en la Rioja y Bandalillo Coma, escribiente del señor notario de la curia eclesiástica, ejecutaban: el primero la guitarra, como buen andaluz, el segundo la flauta, y el tercero el violin con tanta perfección gracia y sentimiento que cosa mejor no había oído en todos los días de mi vida. Ejecutaron un bolero, un derroche de sal, de inspiración y gracia, pareciendo que aquellas notas fueran compuestas con mostaza, pues me producían cosquillas en las piernas incitándome á bailar. ¡A mi, á una torre de Babel con hábito, que sudo el quilo al pasar de una á otra habitación!... ¡Bendita sea la música española! Ella no tiene rival, como nuestro suelo, nuestras flores, nuestras catedrales, nuestros poetas místicos, y nuestras fiestas populares y religiosas. ¡Bendito sea Dios, que se ha servido poner

mi cuna en esta tierra de ruiñeñores que ampara con su manto la Virgen de Montserrat, con su hábito Santa Teresa de Jesús, con su espada don Pelayo, y con sus cánticos el inspirado Alfonso el Sabio, de la que nunca podrá llamarse señor y dueño el aborrecido Napoleón.

Basta de digresiones, que, por ser muy dado á ellas, resultan mis cartas largas é interminables. La obra que se puso en escena, fué un drama en un acto titulado *El Rey de España en Bayona*, debido á un murciano que tiene tanto de poeta como yo de toreador. Una obrita de circunstancias, que dudo pase á la posteridad. La intención es buena; pero los versos muy malos.

Dos manos invisibles separaron dos cortinas de seda que hacían las veces de telón y apareció un camarín del palacio de Bayona. Sobre una mesa una bandeja con grillos de hierro y sobre otra una bandeja de plata con una corona. Napoleón vestido con suma elegancia, cosa que no admito, pues es un aragán, según cuentan los que le han tratado de cerca, y ceñido de su banda imperial, con que yo mandaría ahorcarle, apareció sentado en un sillón leyendo un pliego. Terminada la lectura, dejó el papel sobre un velador y disparó la siguiente cuarteta ó trabucazo poético:

«Si los altivos celtiberos,
robado hubieran mi presa
pronto hubiera devastado
sus casillas solariegas.»

Y por la puerta del foro entró después en el despacho un tal Samuel, capitán judío, pues tal había de ser, y le mandó que llevase á Fernando á su presencia. Cuando apareció en el escenario nuestro monarca, todos los espectadores se pusieron de pié saludándole con vítores y palmadas y las damas y doncellas agitaban sus bordados pañuelos. ¡Fué una ovación indescriptible! Se interrumpió la representación, pues parecía que los espectadores se hubiesen vuelto locos. Terminó el entusiasmo y los histriones soltaron unos versitos que no había por donde cogerlos. Bonaparte quería amansar á Fernando que le cantaba muy serio las verdades del barquero. Yo me reía en mis adentros, estando como estoy en el secreto de muchas cosas, que no es prudente confiar á la pluma ni al papel.

Después fueron apareciendo en escena Carlos IV, su esposa, el infante D. Carlos, Godoy, recibéndole los espectadores con una silba descomunal, que el pobre don Plácido Sancliment, que era el que hacia de Príncipe de la Paz, llegó á perder los colores. Entró después por la puerta del foro el ministro D. Pedro Cevallos y tras

él, embajadores, soldados y músicos, vestidos estos últimos de romanos. Todos estos personajes graves, serios, circunspectos echaron una filípica á Napoleón, que con frases de miel procuraba que acatasen todos su omnímoda voluntad y que abdicasen Carlos y María Luísa sus derechos á la corona de España, lo que consiguió buenamente de los reyes padres con beneplácito de Godoy. El público, que se componía de lo más selecto de la buena sociedad tarraconense, escuchaba atentamente, pareciendo que estuviera en misa. Pero llegó un momento que se conmovió en alto grado y las lágrimas regaron muchas megillas. Este momento patético fué cuando Napoleón se ciñó con sus propias manos la corona de España, y Fernando, procurando consolar á su hermano exclamó con varonil entereza:

«Calla: no llores, suframos,
sin que nuestro llanto advierta.
No diga ese infame mónstruo
que somos débiles: sepan
los enemigos, que sangre
real corre en nuestras venas.»

Y confundidos los dos hermanos en un tierno y fuerte abrazo, se cerrieron las cortinas y terminó aquella farsa teatral.

Los improvisados histriones y los es-

pectadores nos sentíamos fatigados. A más, el calor que se sentía en la sala era insupportable, pues este año se ha adelantado la primavera, las damas no daban reposo á los abanicos y los caballeros iban en busca de aire á la escalera. Juzga, que sobre nuestras cabezas estaba la azotea en donde daba el sol de plano. Marcela, me proporcionó un abanico de paja adornado con borlas y flecos. Dios se lo pague, pues temía asfixiarme. En otra carta te hablaré de esta chica que tiene bobo á su padre. ¡Pobre D. Amancio! la niña se empeña en casarse con un tarambana que tiene los cascos á la gineta. Un pequeño Rosseau á quien hay que cortar la lengua y pararle los piés.

Continuemos narrando.

Sonó de nuevo la campanilla, todo el mundo se acomodó en los tablones, descorrióse la cortina y apareció en escena doña Isabelita, la hija de un comandante retirado, que, acompañándose con la guitarra, cantó unas seguidillas manchegas que sacaron de quicio al auditorio, mereciendo, entre burras y palmadas, los honores de la repetición.

La chica no se hizo la rogada, y entornando los ojos, con una sonrisita muy ladina y con una voz de caramelo que no parecía salir de su garganta sino bajar de

lo alto, cantó estas dos seguidillas que, por la bella impresión que me causaron, quedaron grabaditas en mi memoria.

Dijo así:

Una tela de encajes
es tu mantilla,
una red que has tendido
sobre Castilla.
Eres la araña.
más pícara y temible
que hay en España.

Ayer desde las gradas
del Mentidero,
al admirar tu garbo
te eché el sombrero.
Y, entusiasmado,
el corazón y el alma
te hubiera echado.

¡Que tempestad de aplausos produjeron estos piropos en verso y de pura sangre española!... En Cataluña no estamos acostumbrados á una música tan fresca y juguetona y á una letra tan zalamera y retozona.

A don Amancio le dieron tentaciones de tirar á la *cantaora*, como dicen en su tierra, el sombrero y la caja de rapé.

Marcela reventaba de gozo. Ella era la anfitriona de aquella fiesta dramática y todos los invitados á tan variado espectá-

culo la colmaban de elogios, alabanzas y atenciones.

Después de un chispeante fin de fiesta, una tonadilla escrita con sal y vinagre, que nos hizo reir á mandíbula batiente; bajamos al comedor en donde se nos tenía preparado un refresco. El chocolate, las horchatas, los melindres y los bollos no escasearon. Fué todo riquísimo, sabroso y muy grato al paladar.

No hay gozo completo en este mundo. Cuando alegre, satisfecho, me dirigía á mi casa, me paró en la calle de la *Nau*, el abate don Agapito, un correvedile que según él está en el secreto de todo, diciéndome con gran misterio:

—Padre Domingo, dentro de poco pasará á visitarnos el general Suchet, si el cielo no lo impide.

—Tu deliras, le contesté.

—Napoleón le ha escrito: «Dentro de los muros de Tarragona, encontrarás el bastón de mariscal de Francia.» Y él quiere complacer á su amo y empuñar tan honrosa distinción.

—No logrará su intento.

—Pero nos dará que hacer.

—¿Quién te ha dado esta noticia?

—No sabe su merced, que yo me trato con todo el mundo, y que en Tarragona entran y salen á todas horas muchos afran-

cesados, que son espías pagados por los imperiales.

—Y ¿tu te tratas con ellos?

—El que va á caza de noticias ha de fingir amistad con todo hijo de madre. Unos me creen *caragirat* y me confiesan todas sus picardías, otros, un patriota recalci-trante y me manifiestan sus nobles intenciones.

Las campanas de la Seo dieron las siete.

Don Agapito, sacóse un descomunal reloj de plata, miró la hora y exclamó estrechándome la mano.

—Adios padre. Tengo cita con don Niceto, en la iglesia de la Piedad, para tratar de un apéndice que pienso añadir al reglamento de la cofradía de la buena muerte, y á las ocho me espera en su casa don Pastor, el cerero de la calle de la Mercería, para tratar del armamento de la milicia urbana.

Y disparado como un cohete se dirigió á la plaza del Rey, en tanto que yo, triste y preocupado, subía los escalones de mi casa exclamando:

—¡Señor Dios de Israel, no permita su divina Magestad que tengamos que presenciar los horrores de un cerco en estos momentos críticos que atraviesa Tarragona, en que la tropa está sin pan y se cuentan á centenares los enfer-

mos en las familias de todas las clases sociales!...

Pero recordando que don Agapito es un charlatan de oficio, me eché á reir y cené con más apetito que de costumbre.



III

Esta mañana he tenido una agradable visita. La hija de la *Paulassa*, ha pasado á mi casa á regalarme en nombre de sus padres una fuente de fresas. Ha sido un obsequio del que he quedado sumamente agradecido. Fresas mejores no se crían en los jardines de Aranjuez, según opinión de un capellán de regimiento que vive en mi compañía.

La chica, ha adquirido un desarrollo en poco menos de un año, que está desconocida. Payesa más guapa, más fresca y sonrosada no come pan en todo el Campo de Tarragona. Es muy modesta y ruborosa y baja los ojos, que los tiene grandes y pardos con cierta languidez encantadora. Son unos ojos ungidos de pudor como los

de las novicias; pero me parece que no han sido criados para mirar solamente á Dios.

El padre Alfonso también es de mi opinión.

Yo le he regalado unos escapularios de la virgen del Carmen, diciéndole con mucho retintín:

—Los darás á tu novio cuando te cases.

La muchacha se ha vuelto colorada como una guinda, ha bajado la cabeza y jugando con la cinta del delantal me ha contestado:

—¡Qué cosas tiene su paternidad!

—¿Te asustan los hombres?

—¡Cuándo van con buen fin!...

—Me parece que el mejor día vienes á esta casa á que te examine de doctrina cristiana para llamar después á las puertas de la vicaría.

—Ó del claustro.

—Tus ojos me dicen que no has nacido para monja.

—Como que mi madre es tan viejecita...

—Y tu estás hecha un pimpollo, no querrás encerrarte entre cuatro paredes. En una celda no te verían los novios.

—No hay quien se fije en mí. Una payesa no tiene admiradores.

—Ya me encargo yo de preguntarlo....

—¿A quién?

—A los gorriones que revolotean por tu calle.

La muchacha se ha puesto encendida como una amapola, ha procurado reirse, ha dado un corte á la conversación, me ha besado la mano y tomando la escalera con la fuente debajo del brazo ha dado la vuelta á su casa.

Este diálogo me ha confirmado en que tiene novio. Si se casa y es modelo de honestidad y de virtud, como bien se puede esperar de ella, seré el primero en celebrar su boda. En el santo altar del matrimonio también se puede servir á Dios.

Dejemos á un lado la tosca saya para ocuparnos de la seda, ó por mejor decir, pasemos de la cabaña de la payesa al camarín de la encopetada damisela.

Como no ignoras, don Amancio Montagut, es un hombre chapado á la antigua, es un esclarecido patricio que ama entrañablemente á Tarragona, pues para él no hay catedral que aventaje á la de esta ciudad, ermita más pintoresca que nuestra Señora del Loreto, fuente mejor que la de la parroquia de San Juan, ni playas más deliciosas que las del Milagro. Es inmensamente rico, aunque no lo parece, pues gasta muy poco en el vestir, y sí es cierto que tiene calesa, nunca hace uso de ella, y cuando viaja, que esto acontece muy raras

veces, lo efectua montado en mulo. Pero su hija es el reverso de la medalla. Como es una arrogante moza, elegante hasta la perfección y muy zalamera, cuando el caso lo requiere, resulta que maneja á su padre como un muñeco y consigue de él cuanto le inspiran sus caprichos mujeriles.

Don Amancio solo piensa en oír misa en la catedral y pasear por sus claustros, pues poco lo efectuan á estramuros por temor á alguna sorpresa, y Marcela quieras que no quieras le obliga dar reuniones, en donde se hace música, se leen poesías, se juega, y se baila, y como si esto fuera poco, ha convertido el granero de su casa en coliseo, y en él se dan funciones dramáticas como te participé. Burlándose de él, corren de mano en mano unas poesías anónimas escritas con mucha sal y pimienta, en las que se ridiculiza á Marcela, á su padre, á los cómicos y á los músicos. La pobrecita niña no se merece éstas bur-las, es una chica amable, juiciosa, tiene muy buen trato y está dotada de claro y recto juicio.

Dicen los invidiosos, que es una princesa que iba camino del trono y se ha plantado en la calle de la Destral, porque le han abandonado las fuerzas. Es cierto que la muchacha tiene aspiraciones, que desea brillar, que es amiga del aplauso y

del incienso y que, si Dios le concediera alas como á los pájaros, pararía el vuelo en los alcázares de Madrid, pues sus inclinaciones son muy palaciegas. Yo me pregunto; ¡cuántas y cuántas damiselas que solamente ven el mundo á través de las calles de Caballeros y de Granada, no dejarían aquellos tristes y severos caserones y colgarían su nido en medio de la Puerta del Sol!... Soy el primero en reconocer los defectillos de la elegante antifitriona, pero Dios me libre de censurarla ni en público ni en privado como hacen muchos que visitan sus salones.

Con quién no transijo es con su novio. Este se llama Felipe de Piedragrosa. Es un jóven abogado, listo, estudioso y emparentado con las principales familias de la ciudad. Su padre tenía un hermano en Salamanca, persona de rango y posición, amigo de Jovellanos y de otros innovadores y allí mandó el chico á cursar leyes. En casa de su tío y en la Universidad se nutrió de las ideas volterianas, que eran desgraciadamente el pasto intelectual de muchos jóvenes estudiantes de Andalucía y Castilla. Soñó Felipe con una democracia platónica que nunca ha entendido él ni entenderá jamás el pueblo. Procuró imitar aquella naciente y nociva escuela traspirenaica escribiendo poesías bucólicas

y amatorias reñidas con las sanas doctrinas de la moral cristiana, declarándose públicamente admirador de Voltaire y de Rousseau, siguiendo el mal ejemplo de algunos padres religiosos, que con más imaginación que devoción, como han puesto de manifiesto en todos sus actos, se han afiliado á esta revolución literaria y social, que ha emponzoñado á España, y de la que afortunadamente me he librado como la generalidad de los monjes catalanes, pues no nos gusta meternos en libros de caballería, devanarnos los sesos por lo que no nos interesa y en el fondo es perjudicial á las órdenes monásticas, á las instituciones reales y á la honrada conciencia del pueblo español, que, en medio de su cándida ignorancia, es completamente feliz y no tiene aspiraciones.

Cuando doña Remedios, la madre de Felipe, que es una dama modelo, honra, orgullo y prez de su familia, supo que su hijo iba por tan malos caminos, creyó morir de pena. El padre otorgó testamento, confesó y comulgó, se colgó al cuello reliquias y escapularios y, acompañado de un criado de su confianza, se dirigió á Salamanca, se trajo el chico á Cataluña y lo encerró en la Universidad de Cervera. Sus nuevos catedráticos pusieron gran empeño en que el escolar echase en olvido aquellas

doctrinas mal sanas que germinaban en su exaltado cerebro y le ponían en pecado mortal.

Terminó el mocito la carrera, regresó á Tarragona, y cuando todos los que estábamos en el secreto de sus diabólicas ideas, le creíamos un chico razonable, funda en compañía de otros atolondrados la Tribuna Patriótica, que, afortunadamente, solo estuvo abierta una semana.

¡Cuantos desaciertos, improperios, barbaridades é insultos se oyeron en aquel club fundado, dirigido y apoyado por francmasones, jacobinos y exaltados. Era cosa de taparse los oídos por no oír las necedades que salían de aquellas bocas. La emprendieron contra la Junta que dirige los intereses del país; apostrofaron el Consejo de Castilla, nuevamente restablecido; dijeron que la Comisión ejecutiva corría peligro de ser devorada por el marqués de la Romana y otros avechuchos de mal agüero, palabras testuales, que España estaba dividida en bandos; que los generales eran unos pigmeos envidiosos; que el grito de independencia y viva España lanzado por los religiosos era un muera á la libertad; que la corrupción estaba en todas las esferas sociales; que el desquiciamiento moral era inevitable y que solamente unas Cortes, manifestación elocuen-

te del país, podían salvar de un cataclismo á nuestra desgraciada patria.

Esto dijeron y mucho más aquellas destornilladas cabezas que por lo visto estudian con el enemigo malo. Los religiosos, las autoridades, las personas honradas estábamos atemorizados. Nos revestimos de valor, se mandó el cierre de aquella fragua de desatinos y se mandó á paseo á aquellos endemoniados, capaces de hacer perder el juicio al cerebro mejor organizado y dirigido.

Don Andrés, que así se llama el padre de Felipe, al enterarse de las calaveradas revolucionarias de su hijo, le amenazó con desheredarle é instituir *hereu* á su hijo Lorenzo, que es una cabeza más sólida y juiciosa que la de su hermano. El chico juró enmendarse, y de revolucionario se convirtió en misántropo. Dejó de concurrir á las tertulias, no bajaba á la Rambla de San Carlos, no visitaba el café de la Plaza del Pollol y se le veía solo, triste, melancólico, pasear por la polvorosa carretera de Barcelona, por el hondo y solitario camino que conduce á Nuestra Señora de Loreto, ó entre los cañaverales que riega el río Francolí.

En esta época fué cuando conoció á Marcela en casa de un boticario de la calle de las Descalzas. Los dos se enamoraron y

continúan amándose con gran pasión, según dice don Amancio, que vé con muy buenos ojos que su hija tenga novio, y sea éste un chico que pertenece á la nobleza, que ostenta el título de licenciado en derecho y que pasará á ser dueño de vastas y productivas heredades en la Pobla de Mafomet y Puigdelfí, el día que su padre lie el petate para el otro mundo.

Pero yo no creo que Felipe esté curado del todo, pues lleva bigote, y es el distintivo de los afrancesados como sabe todo el mundo. A más, el no puede hacer feliz á Marcela, ni á ninguna chica. Los filósofos no sirven para maridos. La mujer necesita mimos, halagos y ternezas y esos misántropos raras veces las prodigan. La damita una vez casada se morirá de fastidio, y él se consagrará de nuevo á sus aberraciones políticas. ¡Dios no permita que tan desacertada unión termine mal!

IV

Don Agapito estaba en lo cierto. Aquel diablo cojuelo, como le llaman algunos, me anunció una tristísima verdad.

Hoy día 4 de Mayo, los franceses se han presentado delante de esta plaza. El día ha sido hermoso, la naturaleza estaba de fiesta; ¡pero todos los corazones vestían de luto!

¡Se han perdido la paz, la tranquilidad, la hermosa calma, que tanto amo y con quien estaría en tratos á todas horas!

No sé lo que va á pasar aquí. Aún que salgamos en bien de la empresa, nos costará muchas desazones y disgustos serios. ¡Cuanto me arrepiento haber salido de Valls! No soy aquel monje tan alegre, tan jovial, tan comunicativo que conocis-

tes en otras épocas mejores. Ahora parezco un tórtolo á quien hayan cortado las alas. Pretendo hacerme superior al peligro que nos amenaza; pero al ver tantos rostros contristados; que la guarnición solo se compone de 6.660 hombres, de los cuales 2,250 pertenecen á la milicia, que muchísimas familias han abandonado precipitadamente la ciudad, desfallece mi corazón y pido fervorosamente al cielo que no me desampare en medio de tantas tribulaciones.

Suchet es el enemigo malo. vestido de general. ¡Que bien ha tomado todos los puntos para caer sobre la plaza! Ha sido una campaña rápida, atrevida, que demuestra sus grandes dotes militares.

Es triste consignarlo. Pero ese mariscal tan malo, tan orgulloso, tan sanguinario, que es un segundo Murat, es sin embargo, el hijo mimado de la guerra.

El día 28 de Abril salió de la ciudad de Lérida en dirección á la villa de Montblanch con tres brigadas de la división Harispe é italiana, que son una gentecilla de la que nos libre Dios, juntándosele la división Fiere, escoltando un gran convoy de harina y víveres de todas clases. Al día siguiente 3,000 hombres pusieron transitable el camino de Alcover, después de haber rechazado á los somatenes que se

portaron como buenos, pues son gente probada en buena lid, conocedores del terreno que pisan, muy sufridos y muy arrojados y de ellos hay que esperar todo. Por algo dice un inglés amigo mio, que España es el país de los viceversas, pues muchas veces la tropa se bate como los somatenes, y estos soldados bisoños como disciplinados ejércitos.

En tanto, el mariscal Hubert ha salido de la ciudad de Tortosa, ha reforzado el fuerte de San Felipe, en el coll de Balaguer para ponerlo en comunicación con aquella plaza, y combinadas así las operaciones militares, Suchet establece el día 2 de Mayo el cuartel general en la vecina villa de Reus, y hoy día 3, de tristísima memoria, se nos presenta enfrente el ejército imperial, fuerte de 20,000 hombres, ante los sagrados muros de esta ciudad.

Dirás que nada hay que temer, pues Tarragona está situada en una escarpada roca sobre el mar, circuida por murallas romanas, sobre los restos ciclópeos, asentada en la dura roca y defendida por fuertes baluartes, contruidos en el siglo pasado, que separan la ciudad de la barriada del puerto. ¡Ay apreciadísimas Perpetuas! Esos baluartes y esas lunetas adosadas á las murallas están mal contruidos é inspiran poca confianza á los ingenieros

militares. Si el fuerte del Olivo y las 200 piezas de todos calibres que artillan la plaza y que ya han empezado á vomitar fuego, no obligan á esa vil canalla á levantar el cerco, profetizo tarde ó temprano, días de luto para esta ciudad.

Mis amigos, los religiosos, me tachan de pesimista... ¡Cuanto desearía equivocarme!....

Esta tarde el gobernador de la plaza D. Juan Caro, hermano del Marqués de la Romana, ha visitado á la milicia urbana en la Rambla de San Carlos y les ha dirigido una entusiasta arenga. Les ha dicho que son los defensores de la religión, del rey y de la patria, les ha recordado las obligaciones del soldado y ha terminado su patriótico discurso diciendo: que en las actuales circunstancias, el mayor galardón que podía apetecer el hombre, era aumentar el número de los mártires de la santa independencia nacional. Todos hemos prorumpido en vivas y aclamaciones y ha desfilado la milicia delante del patriota Gobernador de esta plaza.

¡Que aire tan noble, tan marcial ha adquirido este batallón modelo que consta de 2.250 individuos! Es un cuerpo digno de encomio y que honra en alto grado á Tarragona. Lo componen diez compañías y todos sus individuos vieron la luz pri-

mera en esta ciudad ó están avecindados en el puerto. Esta milicia fué constituida por D. Enrique O'Donell, alterna con las fatigas de la tropa, presta toda clase de servicios: los oficiales, varones de la nobleza, licenciados y del comercio no perciben paga alguna; costeándose el uniforme, como igualmente los sargentos y cabos, que son jóvenes industriales. Todo el mundo admiraba y saludaba con respeto su bandera. Aquel primoroso trapo, que fué bendecido con gran pompa el día de la Virgen de la Concepción en la Catedral. Aquella hermosa enseña los conducirá á la victoria y los cobijará bajo sus sagrados pliegues preservándoles de las balas del enemigo.

Felipe, el jacobino convertido en patriota por obra y gracia del amor, no ha faltado á la parada. Ha sido nombrado capitán de la milicia y ha aceptado gustoso este cargo. Con el uniforme y con la espada en la mano me ha parecido más bello y más simpático y que era digno de Marcela. Esta con sus amigas estaba asomada á uno de los balcones de la casa del señor procurador eclesiástico, que vive delante de la iglesia de los Padres Agustinos, y no apartaba los ojos de su novio pareciéndole decir:

—Felipe hazte digno de la ciudad donde

rodó tu cuna. Dios, la mujer que te ama, el ejército y el pueblo, te están mirando. Si te portas como bueno, mis brazos y los de la patria te sostendrán en medio de la lid.

Yo le dije algo parecido, al estrecharle la mano después del desfile. El se ha sonreído y me ha preguntado:

—Sabe V. padre lo que dice lord Byron?

—No me trato con ese ateo, le he contestado muy serio.

—Pues dice, el que no ama á su patria no tiene corazón.

Estas palabras me han tranquilizado; pero hubiera preferido, que me hubiese citado un texto latino ó el pensamiento de algún poeta español del siglo de oro de nuestra literatura en vez de esta exclamación, que aunque muy sentida, no por eso deja de ser obra de ese disipado vate inglés que ocasiona tantos estragos en el corazón de la juventud moderna.

La ciudad está tranquila. Numerosas patrullas recorren las calles. En todas las casas se pasa el santo Rosario, y yo me acuesto pidiendo á Dios, que nos saque pronto de este infierno en que el Nerón francés nos ha metido.

V

Apreciada Perpétua: Un amigo, el animoso abate tortosino, D. Agapito, es el encargado de hacer llegar esta carta á tus manos. El jura y perjura que tiene medios para ello y yo lo pongo en duda, y me quedaré copia de este escrito, por si se extravíara por el camino, que es lo más probable.

Esto se va poniendo feo, muy feo. El pueblo está triste y abatido. En las capillas de los barrios han encendido los devotos muchos cirios y todas las veladas se reza delante de ellas el santo Rosario. La capilla de Santa Tecla, aquella preciosa joya churrigueresca, parece un áscua de oro. Nunca la gloriosa mártir se ha visto más visitada y obsequiada. En la

iglesia del glorioso San Magín ha empezado una novena que se ve muy concurrida. En santo Domingo, la iglesia de las damas de la aristocracia, predica un padre todas las tardes, que es un pico de oro. Dijo el otro día, con muchísima razón, que los males que aquejan á nuestra amada patria son debidos á los vicios y á las costumbres y á las danzas francesas, que con tanto aplauso fueron aceptadas en España al terminar el siglo diez y siete. Las señoras lloraban y yo me sentí conmovido.

El orador sagrado, anatematizará y pondrá en ridículo las exageraciones de la moda, y las elegantes devotas, se postrarán de rodillas, harán pucheritos, prometerán enmendarse; pero al sentar el pié en la calle echarán en olvido sus buenos propósitos y al día siguiente emplearán tres horas largas en el tocador, poniendo sus graciosas cabezas en manos del peluquero, que es otra cabeza de chorlito, que como las de ellas, merece compostura.

No en todos los templos se oye la palabra de Dios.

En la iglesia de Nazaret y en la de las monjas de la Enseñanza se han establecido las Juntas patrióticas, dos sociedades rivales, que se ponen como chupa de dómine, que llenan las columnas de dos periodiquillos de insultos, de recriminaciones y

de sandeces; que llamándose los defensores de los intereses morales y materiales de la ciudad, marean á la Junta de armamento y defensa; desacreditan á las autoridades; dictan órdenes á la milicia, crean obstáculos, producen conflictos y en tanto que los que se reúnen en la iglesia de Nazaret, lo esperan todo del general Campo-verde, que viene en auxilio de esta plaza, los que se congregan en la iglesia de la Enseñanza, lo ponen de vuelta y media y sacan á relucir su desgraciada empresa para apoderarse de noche del castillo de Montjuich de Barcelona.

Si Dios no lo remedia esto acabará mal. Los que más blasonan de patriotismo son los que lo echan todo á perder. La patria no se salva con discursos que parecen aprendidos en la plazuela, molestando á los gobernadores, provocando al ejército y recriminando á la milicia. Algo más práctico, más formal, más positivo requieren las críticas circunstancias que estamos atravesando. Pero á esos señores no hay quien les haga entrar en razón.

VI

¡En tanto, que tristes y desconsoladores espectáculos se ven á todas horas!

Ayer fuí en busca de noticias á la barbería de Nicolás. Un fígaro que maneja la lengua como la navaja. Nació en Madrid y tuvo barbería en Avapies, y huyendo de la justicia, pues tenía alguna cuenta pendiente con ella, cerró la tienda, lió el petate y refugiándose en Cataluña plantó sus reales en Tarragona.

Cuando echa el mirlo, que así llama él á la sin hueso, es cosa de morirse de risa. Habla con una gracia sin igual.

A todos los parroquianos relata, con la bacía en una mano y la navaja en la diestra, que él en sus madriles, era el barbero de los majos y de los chisperos, y á más

afeitaba á domicilio á algunos títulos de Castilla y á muchos pisaverdes y currutacos, que asistían por la mañana á misa, que iban en busca de noticias á las gradas de San Felipe; que después de comer lucían su persona en el Prado y que una vez terminada la novena en la iglesia del Carmen, la cena en familia y el santo Rosario, cogían la capa y amparándose en la sombra llamaban con sigilo y con misterio en las lóginas massónicas, donde un esqueleto presidía las diabólicas juntas y terminadas éstas, se deslizaban á un sarao de candil bailando con majas de rumbo, dando celos á los matones del barrio.

Pero el ladino se calla como un muerto, que en Tarragona guiñe el ojo á toda chica bonita que pase por delante de las verdes celosías de su tienda, que ponga su voz y su garganta á disposición de todo mozo rico, que quiera obsequiar con serenatas á su dama; que hace la barba á muchos canónigos fingiéndose muy devoto de la Virgen, que si en la calle del Cos del Bou corre novillos es en obsequio de una desdeñosa viuda que le da con la puerta en los hocicos, que entiende en maleficios, que protege muchos raptos, que á los militares los pone al corriente de las mamás con hijas casaderas, que es el secretario de los enamorados de ambos sexos, y que enciende

una vela á San Miguel y otra al diablo.

Estaba enbelesado con la charla del madrileño barbero, cuando gran alboroto se escuchó en la calle.

Abandonamos la tienda todos los parroquianos y vimos que la gente corría atronando los aires con descomunales gritos.

—¡Los franceses están ante las puertas!

—Hay que impedirles el paso.

—Preparad los cañones.

—Sus, á ellos.

Estos eran los gritos que se escapaban de los labios de los niños, de las mujeres y de muchos hombres, corriendo como alocados por la Rambla de San Carlos.

—Calma, señores, no correr, decían algunos jefes. Son paisanos los que adelantan hacia la ciudad.

Pero nadie les hacía caso. Las carreras, los cierres, los sollozos, los atropellos iban en aumento. Hubo quien propuso que se tocase á somaten.

La alarma cundió por toda la ciudad. El *temible ejército*, entró en la plaza y custodiado por las autoridades, adelantó por la Rambla. Los pacíficos ciudadanos vieron con atónitos ojos, que se componía de militares heridos, débiles, mutilados, cadavéricos, cubiertos de polvo y bañados de sudor, apoyándose los unos en sus muletas, los otros en el brazo de los

médicos; que por el inhumano Suchet habían sido arrojados de los hospitales de Reus y Vilaseca, obligándoles á emprender el camino á pié hácia Tarragona, á fin de hacer más gravosa nuestra situación. Entonces los gritos de terror se trocaron en frases de consuelo, todos los vecinos se multiplicaron para atenderles brindándoles sus domicilios, sus camas, y sus nobles y desinteresados servicios.

La calma renació en todos los corazones. Al despedirme del maestro este me dijo con una seriedad que contrastaba con su manolesca persona:

—Padre, todo esto me huele á cuerno quemado.

—Que sabes tú de las cosas de la guerra.

—Muy poco; pero dicen en todas partes, plaza sitiada, plaza ganada.

—Ya vendrá Campoverde y les obligará á levantar el campo.

—Si no baja del cielo Santiago montado en su caballo blanco nos encontramos al mejor día, con los Franceses dentro de las alcobas.

—Son muy altos esos muros y no lograrán asaltarlos.

—Dentro de los de Gerona había el corazón de Alvarez y sin embargo se hicieron dueños de la ciudad.

—Bajé tristemente la cabeza, entré en San

Francisco, visité al padre provincial y al limosnero, que estaban muy animosos. Pasé el día conversando con militares delante de los cuarteles; con paisanos que iban y volvían de los baluartes y les dirigí frases patrióticas; por la tarde asistí á la función de rogativas que tiene lugar en la catedral; paseé por la calle Mayor con D. Agapito, que inventó mil anécdotas, que no son para ser contadas; cené en paz y en gracia de Dios con mi huesped el teniente cura; la criada nos comunicó, que había visto con sus propios ojos á la graciosa hija de la Paulassa hablando con un mancebo carpintero en la solitaria calle de la Guitarra, y que le constaba que era su novio; después me encerré en mi cuarto; recé mis oraciones, me acosté, apagué el candil, me rebocé con la manta, creí oír ruido, saqué la cabeza fuera de las sábanas, me hice todo ojos y ví en medio de la oscuridad unas letras de fuego como las que enloquecieron á Baltasar. Solamente que las que devoraban mis miradas decían:

Plaza sitiada,
plaza ganada.

¡Este pareado se grabó en mi imaginación, sin que la fatiga, la voluntad y el sueño tuvieran fuerzas suficientes para

borrarlo de mi mente en toda la noche.

Al levantarme experimenté un vivo dolor en todo el cuerpo como si me hubiesen dado de palos y cierta pesadez en los ojos. Me desayuné con una tacita de caldo y fuí reaccionándome poquito á poco.

Hice intento de no volver á poner los piés en la barbería del maestro Nicolás.

VII

Mis cartas se han convertido en un libro de memorias que bien puedo titular Diario de un sitiado. Soy un pájaro sin alas y enjaulado, cuando se abra el postigo tenderé las alas, entonaré un himno de júbilo y de alabanza al Altísimo, regresaré á mi adorado convento y reanudaré la obra de Santa Ursula y sus compañeras mártires. En medio de este jaleo es de todo punto imposible ocuparme en obras místicas. Por otra parte, las vírgenes son muy temerosas y les asustan los tiros y los cañonazos. Hablemos de la guerra, ya que el diablo nos ha metido entre dos fuegos.

Hoy, día 10 de Mayo de 1811, de tristísima memoria, pues este año ha empezado mal y me temo que terminará peor, ha sido

de júbilo, de expansión, de locas esperanzas para la oprimida ciudad de Tarragona. Todos sus vecinos han bajado á la playa á dar la bien venida al general en jefe español, al señor de Campoverde, que desde Mataró en 50 buques de transporte, escoltados por el navío Blahe, una fragata y un bergantín, ha acudido en auxilio de esta plaza.

No se le ha recibido con palmas y laureles, con repique de campanas, con salvas de artillería y de morteretes, bajo arcos de laurel, pues, como se dice vulgarmente, la Magdalena no está para tafetanes.

Desde el desembarcadero á la plaza de la Seo, el general Campoverde y los 2000 hombres que han venido con él, han sido objeto de un frenético entusiasmo. Las damas y damiselas los saludaban con sus pañuelos desde los balcones de la carrera; las mujeres del pueblo colmaban de bendiciones á los sufridos soldados; los individuos de las juntas patrióticas atronaban los aires con entusiastas vivas; los pacíficos varones saludaban respetuosamente al General; las autoridades y los frailes rodeaban su caballo; la milicia formaba la carrera; los payeses se quitaban ceremoniosamente la barretina; los chicos dando saltos y gritos como pequeños diablillos se introducían entre las bandas de pitos y ataba-

les, y me pareció vislumbrar tras de las espesas rejas del convento de Santa Clara, los llorosos rostros de las religiosas, dando gracias al cielo, por haber concedido este refuerzo á la ciudad.

A las pobrecitas les ha durado poco el contento, pues han sido distribuidas en casas particulares alojando la tropa en sus celdas.

El dios Marte, como buen griego y pagano, no respeta hábitos ni tocas. ¡Pobrecitas palomas del Señor! causaba pena el verlas tristes, llorosas y cabizbajas, rebozadas con el manto, abandonar su tranquilo y santo nido!

¡Paciencia, religiosas Madres!, también yo me he quedado sin convento y sin celda y, como si estudiara de nuevo humanidades, habito el cuarto de una casa de huéspedes, ó cosa parecida, sufriendo el tirano yugo de la viuda de un oficial de marina; una señora impertinente, fisgona, que se mete en todo y deja las camas sin hacer.

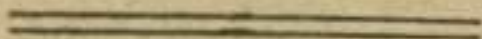
La guerra es el principio y fin de todos los males.

¡Dichosos aquéllos que nacen y mueren en santa paz, y saben de las batallas, por lo que leen en las historias y les cuentan de ellas sus abuelos.

¡Felices mil veces mis señores padres, que bendecían su pacífico siglo, llamándo-

le de los tres sietes, y todos sus quebraderos de cabeza y toda su ciencia se reducía á cantar aquello:

«Mare de Deu de Passanant,
tres sanalletas, sis anses fan.»



VIII

Huyendo del bullicio que invadía las calles en que todo se volvía empujones, estrecheces, codazos, pisotones, gritos, algarabía, discursos al aire libre, corros en las bocas calles, en los que se comentaba con calor y entusiasmo los sucesos del día, me dirigí á la pacífica calle de la *Destral* y subí á casa de D. Amancio en busca de paz, de calma y quietud, tan necesarias á un varón entrado en años, religioso, amigo de las letras y enemigo de la pólvora.

Empujé la cancela y pregunté por mi amigo á María Teresa, una mujer muy parlanchina, que en sus buenos tiempos, que tal vez se remontaban á la guerra con el Rosellon, fué nodriza de un hermano de D. Amancio y desde entonces que conti-

nuaba en la casa mandando despóticamente en la cocina, por lo que se cambiaba de servidumbre muy á menudo.

Esta buena mujer era viuda, cuando yo la conocí. D. Amancio la quería mucho, había amortajado á su madre y á su esposa, y cuando había algún enfermo en la familia lo cuidaba con un amor, con un cariño, con un desvelo que no había quien le fuera en zaga.

Como enfermera, no he conocido mujer más solícita y cariñosa.

—Buenas tardes, María Teresa, le dije dirigiéndome al comedor.

—Muy buenas se las conceda Dios, me contestó el jefe de las criadas, besándome la mano humildemente.

—¿Está en casa D. Amancio?

—No señor. Ha ido á recibir al general y aún no ha vuelto.

—Y, ¿Doña Visia?

Esta señora era el ama de llaves de la casa.

La ex-nodriza me contestó de un modo picaresco y entornando el ojo derecho:

—Está de vigilancia.

—¿En algún baluarte? le pregunté sonriendo.

—No señor, en el saloncito que dá al jardín. En él se están enamorando los chicos.

—Pues por lo visto, esto es cosa hecha.

—No le comprendo.

—Que habrá boda.

—Vaya si la habrá; y tan pronto como termine este maldito cerco. Habiendo llegado el señor Campoverde, pronto esos desalmados mata-cristos nos dejarán en paz. ¡Pobres niños, se aman tanto, que desearía que hoy mismo su paternidad les echara la bendición!

—No, hija mía, no sirvo para estas cosas.

—¿Se niega á ello?

—Al contrario, lo tendría en gran honra. Pero me temo que no saldría muy airoso en el papel de vicario.

—Su paternidad, tiene talento para todo, me dijo el ama seca, este era el nombre que se le daba en la casa, entornando de nuevo el ojo derecho.

Pronunció la taimada estas palabras con cierto retintín y zalamería que le contesté muy serio:

—Pues con este talentazo que poseo, según tú dices, me aventaja en saber cualquier capellán de misa y olla. Y añadí cambiando de acento. ¡Qué hermosas están las albahacas!...

Y me entré en el jardín.

No pasé del dintel de la puerta del comedor y tomé asiento debajo de una verde y pomposa parra, un hermoso toldo ador-

nado de racimos que esperaban el sol de Agosto para adquirir color y desarrollo.

¡Qué hermosa y apacible era la tarde!... La primavera celebraba sus desposorios, cantando su epitalamio las golondrinas, que por entonarlo todos los años ya se lo saben de memoria; el sol bajaba al ocaso, el cielo parecía un manto de púrpura; en los árboles frutales charlaban los pájaros alegremente, sin cuidarse de Suchet, de Campoverde, ni de los individuos de la Junta superior; las flores, estas hermosas y perfumadas estrellas de la tierra, se mecían sobre sus tallos desiguales y embalsamaban el ambiente; y una brisa tibia, dulce, suave oreaba mis facciones, aspirándola con gozo, con cierta voluptuosidad mi pecho oprimido por tantos males y desgracias como pesan sobre nosotros.

¡Cómo envidiaba la suerte de los pájaros, de las flores, del aire y de un enjambre de mosquitos que revoloteaban bañándose en un rayo de luz del sol poniente! ¡Ellos eran libres, ajenos á todo mal y podían abandonar libremente la jaula de piedra con muros y baluartes en la que nosotros nos habíamos metido, y que al acercarnos al postigo nos amenazaban cañones enemigos y extranjeros!

Mis ojos no se apartaban de una figura de marmol que representaba á Narciso con

un jarro en la mano, que hacía las veces de fuente.

Aquel hilo de plata juguetón, limpio, puro y transparente me atraía y me arrullaba. ¡Cómo alegraba á la vista dando amenidad al delicioso jardín!...

Aquella fuente y un pozo de agua potable no muy buena, era la única agua de que se servía la ciudad, pues los franceses habían cortado el día 5 del presente mes el conducto que surtía de agua á Tarragona.

El sol se ocultó y la estrella de la tarde dió las buenas noches.

Las sombras fueron bajando poco á poco robando á la vista los objetos situados en el fondo del jardín; las estatuas parecieron cambiar de forma; los mosquitos se hicieron invisibles; las flores cerraron sus pétalos, y los don Diegos de noche se mostraron más ufanos; una rana ensayó su serenata; los pájaros enmudecieron tal vez cansados de tanto palique; una criada ocultó con trapos mojados con agua las albahacas; y llegó á mis oídos la voz de otros pájaros sobre mi cabeza, en el balcón que daba al jardín.

Era un duo que resulta quizás muy dulce y muy inspirado para los que lo entonan, pero maldita la gracia que causa á los demás. Duo más soso, más desabrido, más insustancial no recuerdo haberlo oído, y

eso, que en el confesionario he oído árias que son una condenación.

¡Pobres mamás! ¡pobres dueñas! ¡pobres señoras mayores! ¡pobre doña Visia! que os veis en la triste presición de vigilar palomos católicos, apostólicos y romanos, y escuchar sus monótonos arrullos hora tras hora, cuan dignas sois de lástima y que triste es vuestra misión sobre la tierra, y... que cosas se escuchan en ella!...

Un religioso, un padre carmelita, un célibe, que si en sus mocedades tradujo el arte de amar de Ovidio, fué por mandato de sus maestros; que admira á Lope y á Calderón, por que á pesar de ser tan buenos religiosos, entendían en esto de los galanteos, campo esteril y desconocido para mi, que poseo oídos torpes para muchas cosas mundanas, me veía en la triste precisión de oír un tierno coloquio que me producía risa y sueño, aun que era la primera vez que atendía á una música tan insustancial y tan profana.

Aquellas acarameladas notas, decían así, si no es infiel mi memoria.

—Felipe ¿desde cuando que me amas?

—Desde el día de Santa Tecla. Hace de de ello cuatro años.

—¿Me viste en la catedral, en el acto de la adoración del brazo de nuestra Santa Patrona?

—No, en la calle.

—¿En cual?

—En la Mayor.

—Sería en casa de mi tía Tecla. En ella voy todos los años á ver la procesión.

—¡Allí te vi Marcela, por vez primera!

—¿Pero tú no estabas en aquélla casa?

—Te ví desde la calle.

—No recuerdo haberte visto en aquel sitio. Cuéntame eso. ¿Cómo fué Felipe mío?

—Iba á salir la procesión. En la calle Mayor no se podía dar un paso, pues un gentío inmenso la invadía. Parecía aquella vía un río desbordado. Temiendo ser estrujado me retiré á la esquina de la calle de Caballers, fijé los ojos maquinalmente en la casa de enfrente, y te ví en un balcón largo, con baranda de hierro que ostentaba en el centro y en los cabos manzanillas doradas, conversando con dos señoritas.

—Eran mis primas Ramona y Soledad, las hijas de mi tía Tecla. (1)

—Si eran ellas. Me pareciste una rosa de Alejandría en medio de un ramo de azucenas. La luna rodeada de estrellas.....

—¡Cómo exageras! Como se te conoce que eres poeta.

(1) Véase el episodio Pedro de Rovellat.

—Lo fuí en Salamanca. Ahora soy solamente un admirador de tu hermosura.

—Y continuas siendo poeta, Felipe.

—He colgado la lira.

—No, la pulsas de nuevo. Prosigue, pero sin adulaciones.

—¿Te suenan mal?

—Un poco.

—Pues procuraré enmendarme solamente para darte gusto.

—¿Podrás?

—Haré un esfuerzo.

—Te será difícil.

—Quien sabe.

—Te llaman el filósofo, y de ello no tienes nada.

—Gran filósofo fué Abelardo y amó como pocos.

—¿El maestro de Eloisa?

—El maestro y el amante.

—Otro día me explicarás estos amores. Ahora me interesan más los míos.

—¡Los tuyos!

—Los nuestros, los de los dos. Ha sido un lapsus lingue, como dice don Agapito...

¿Te has ofendido?

—Un poco.

—¿Me perdonas?

—Con toda el alma.

—¡Gracias Felipe! prosigue tú narración.

—Te ví y me facinaste.

—Dale con los piropos, no puedes echar en olvido tu estancia en Castilla.

—Cierro el pico.

—No; habla, quiero oírte.

—Estabas en el balcón. Una mantilla blanca de encaje sombreaba tu rostro infundiéndote un tinte místico y celestial.

—¡Ave María purísima! exclamé tapándome los oídos.

El nuevo Abelardo prosiguió:

—Tus ojos grandes y garzos, pero vivos y expresivos, inundados de luz como los ojos de una morena del medio día...

—¡Pobres ojos míos!

—¿Tú los quieres mal?

—¿Por qué?

—Por que no te parecen tan hermosos como son.

—Nunca me los he visto.

—Mírate en los míos.

—Falta luz en el cielo.

—Es que ella se ha concentrado en mí alma para poderte admirar.

Al oír esto, bostezé de lo lindo. Aquel duo melódico parecía no tener fin. Nunca había oído tal chaparrón de palabras huecas, vacías de sentido é insustanciales. Si esto es el catecismo del amor habrá que inventar otro que sea menos soso y desabrido.

El mocito continuó con más entusiasmo:

—Recuerdo de un modo vago, que desfilaron delante de mis ojos los *timbaleros* del Municipio; los gigantones; los *xiquets de Valls* ejecutando sus atrevidas torres al compás de las árabes dulzainas; las cruces y gonfalones de las iglesias y conventos; el portero de la catedral, con su rizada peluca de cáñamo, vistiendo la encarnada sobre-vesta y con la *porra* al hombro; las banderas de los gremios, que tanto respeto y tanto admiro; los pescadores con blandones encendidos, el estandarte de la Santa Patrona, precedido de un lujoso acompañamiento; autoridades civiles y militares con el blandón encendido en una mano y el típico abanico de paja en la otra; la música de capilla; la escolanía cantando motetes; el clero catedral; el pálido confiado á señores de la nobleza y cobijando al señor arcediano colocado entre dos canónigos, llevando la reliquia de la santa mártir; el arzobispo vistiendo de pontifical seguido de sus pajes; el dorado sillón, conducido por dos familiares; el Ayuntamiento con sus maceros; una hermosa carroza y cerrando la marcha un pelotón de soldados, pero yo solamente admiraba la tentadora belleza de tu blanco y sonrosado rostro y que no dabas reposo á los ojos, á los labios y al abanico con que te abanicabas, abrién-

dolo y cerrándolo con una coquetería encantadora.

Hubo una pausa.

Un ruiseñor, oculto en la espesura, por no ser menos que los dos amantes, soltó á los aires las notas de una apasionada serenata.

Aquel gorgceo era más dulce, más melodioso y más tierno que el arrullo de los dos novios.

El ruiseñor, con gran sentimiento mío, terminó pronto su inspirada área y resonó de nuevo la voz de Marcela que decía así:

—Pues yo te ví por vez primera...

—¿En dónde?

—¿A qué no lo adivinas?

—¿En la tribuna patriótica cuando yo, como un nuevo Júpiter, lanzaba mis rayos contra esos pigmeos que nos rigen y serán la ruina de esta desgraciada nación?

Al oír esta pregunta exclamé:

—Vamos, el jacobino vuelve á las andadas, para este mocito no existe la enmienda.

Marcela le contestó:

—No, fué en los funerales del general Reding (1).

(1) Sobre la losa que cubría la primitiva sepultura del Excmo. Sr. D. Teodoro Reding, Barón de Biberegg (Suiza), se leía la siguiente octava:

—¿Quién te acompañaba?

—Mi padre.

—¿Con quien estaba yo?

—Muchas eran las personas que había en la iglesia; pero yo solamente me fijaba en tu persona.

—Escucha.

—¿Qué vas á decirme?

—No exageres. Pues noto que te vas volviendo poetisa por momentos.

Ignoro lo que contestó la niña, cerré los ojos y me dormí, soñando que moraba de nuevo en mi convento; que encerrado en mi celda daba la última mano á la vida de Santa Ursula, que los pobres se reunían en el portal aguardando la hora de la repartición de la sopa; que la iglesia del Carmen había sido objeto de grandes mejoras; cuan-

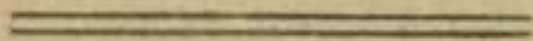
D. O. M.

¡Triste patria! Lloro sin medida
La prematura muerte del valeroso
D. Teodoro Reding, que dió su vida
Por conservarte un tiempo proceloso.
A su frio cadáver dá acojida
Y espera que en estilo más copioso
De Bailén se amplifique la victoria,
Se ensalcen sus virtudes y memoria.

Murió en Tarragona S. E. el día 23 de Abril de 1809.

do una palmada dada en el hombro derecho me despertó, abrí los ojos desmesuradamente y ví á don Amancio que con amable sonrisa me decía:

—Pero, padre Domingo, ¿ha echado en olvido, que el relente es muy perjudicial á la salud?



IX

Esta tarde me ha dado el capricho de subir á la torre de la catedral, deseoso de contemplar á vista de pájaro la ciudad y el campo ocupado por los sitiadores, que, después de quitarnos la libertad y el agua, nos amenazan con la más negra esclavitud.

El sacristán mayor me ha servido de ciceronne.

Me han fatigado mucho las escaleras, primero, por ser muy altos los peldaños, segundo, que por ser de caracol y muy oscura, efectué con trabajo y pena la ascensión. El hijo del campanero nos alumbraba con un cabo de vela. Desapareciendo la luz á cada revuelta tenía que luchar con las sombras, agachar la cabeza, apoyar la mano en la pared, colocar los piés con

mucho tino y ladear el fornido cuerpo que las más de las veces obstruía por completo la escalera.

Al pasar por delante del cuarto del reloj, las campanas me han saludado con un concierto que me ha desgarrado los tímpanos.

—Basta señoras, basta. Me consta, lo sé, no lo ignoro que estais dotadas de muy buen sonido, de excelente voz, exclamaba llevándome las manos á los oídos, y pareciéndome que el campanario se venía á bajo, pues, desde la Capona á la de Santa Tecla, todas las campanas chicas y grandes empezaron á tocar á somatén.

Aturdido, sordo, mareado, bañado en sudor, me dejé caer sobre una piedra, pidiendo, por piedad, que terminase aquel infernal alboroto. No eran aquellas panzulas damas, los sagrados bronces, la voz de la iglesia, las intérpretes de nuestras alegrías y dolores, el dulce acento que nos saluda al nacer y con plañidera voz llora en nuestro entierro: eran la boca de Satanás, el grito de venganza y guerra, el concierto de las furias, una cencerrada infernal, que transtornaba por momentos mi cabeza.

Por fin, enmudecieron. Me levanté con fatiga y paseé la vista en derredor. Debajo de mis pies estaba la románica catedral

señoreando la ciudad desde su elevado asiento y mirando el palacio del Patriarca, como se mirarían dos colosos que se encontrasen en el camino.

¡Qué pequeña me parecía Santa Tecla la vieja; el colegio de la Enseñanza; la capilla de San Magin; el cuartel del Carro; el convento de las Descalzas; la Iglesia de san Lorenzo; el templo de la Piedad, con su vasta plaza, cerrándola por un lado el Castillo de Pilatos, con sus pardos y carcomidos sillares; el convento de santa Clara con sus tristes y espesas rejas; el de San Agustín con sus graciosas torres; el de los padres Franciscanos con su elevada cúpula; el de Santo Domingo con su elegante fachada; el antiguo templo de San Miguel, entre angostas y solitarias callejas; el santo retiro de las madres Carmelitas, en uno de los barrios más elevados de la ciudad; y, en el puerto, el convento de Capuchinos, frecuentado por humildes pescadores!...

Las personas que transitaban por los alrededores de la Seo me parecían muñecos en movimiento. ¡Que pequeño, que insignificante es el hombre visto desde una altura! ¡Es una aruga que se arrastra por el suelo! ¡Y esos átomos vivientes están en guerra unos contra otros, cuando con un soplo de Dios desaparecían de sobre la

superficie de la tierra!.. Desde mi alto mirador, me dieron tentaciones, de echar un discurso, de recordar á la humanidad que se arrastraba bajo mis plantas, que eran débiles aristas, un puñado de arcilla, deslenable barro con una chispa divina; y que siendo todos los hombres hermanos, hijos de un mismo Padre, creados para el mismo fin, que se despojasen de todo ódio y ambiciones; que arrojasen las armas; que se unieran en fraternal abrazo. Pero, reflexionando que mis palabras se perderían en el aire, entre las descargas de la fusilería y el estampido del cañón que resonaba extra muros, bajé la coronilla tristemente, crucé los brazos sobre mi blanco hábito, exclamando: ¡cúmplase la voluntad de Dios!

Tarragona, desde los altos ventanales de esta torre, me produce el efecto de una jaula de piedra en forma de trapecio. Una jaula concebida por los ciclopes, hermo-seada por los romanos, asaltada por los godos, mirada con cariño por los árabes, destruida de nuevo en la Reconquista, reedificada por san Olegario, nido del rey don Jaime el Conquistador, albergue de Carlos V y patria de preclaros varones en la iglesia, en las armas y en la ciencia.

¡Que bien se estudia el plano de las fortificaciones desde esta vigía de la ciudad!

Separan la parte antigua de la ciudad de la parte baja los baluartes de Cervantes, Jesus, San Juan y San Pablo y adosadas á los muros las lunetas denominadas de Cadenas, de San Antonio, de San Magin y del Negro, donde nuestros valientes y sufridos soldados, alternan con la milicia urbana expuestos á toda clase de peligros.

Que bien se distingue la Falsabraga y la batería que, empezando en la puerta de Santa Clara, sigue el recinto bajo, el rediente de San Clemente, el semi-baluarie de la Merced, que enlaza con el de San Antonio, el baluarte de San Diego, el grande del Rosario, y el de la Noria defendidos por el tercer batallón de cazadores de Valencia y el primer batallón del primer regimiento de Saboya al mando del coronel don Andrés Eguaguire, y el rediente de la Puerta de San Francisco.

El sacristan me sirve de ciceronne y extendiendo el brazo me señala el fuerte de San Gerónimo, el de la Cruz, plaza de Armas, San Jorge y la Reina que tanto los codicia el enemigo. Después me muestra los dos grandes baluartes del Rey y de San Pedro, avanzadas de San Diego y Negro, debidamente custodiadas por valientes pechos españoles.

La barriada del puerto, se descubre magníficamente desde aqui. Que bien dis-

tingo sus muros aspilleros, que, desde el ángulo del baluarte de Cervantes, bajan al mar apoyados por la batería de Valones, y que despide metralla á todas horas, ocasionando numerosas bajas al enemigo. Qué pequeños se alzan ante mis ojos el fuerte Real, que defiende certera batería, y los baluartes de San Pablo, de Santo Domingo, de los Canónigos, y el fuerte de Francolí, que extiende una línea paralela en dirección al mar, sostenida por la luneta del Príncipe, la media luna del Rey y la batería de San José, que á pesar de no ser tan sólidas como las fortificaciones de la parte alta de la ciudad, resistirán todo ataque.

¡Oh! es imposible asaltar esos muros. No se rendirán esos fuertes, no vendrán á bajo esos baluartes. Inútil es vuestro cerco, vuestro orgullo, vuestro talento militar. No adelantareis un paso. Mirad: la escuadra inglesa al mando del Comodoro Codrington y compuesta de tres navíos, el *Blake* de 74 cañones y dos fragatas con algunas lanchas cañoneras, que con sus certeros tiros os impide acercaros al puerto. ¡Bravo, valientes marinos del Albion! No desmayeis; fuego á ellos, destruid sus trincheras, sed nuestro socorro, amparo y protección. Esos ingleses se portan como buenos. Lástima que prestándonos

su apoyo en la guerra, procuren por otro lado la destrucción de la industria nacional.

¡Hermoso y florido campo, que desconocido estás!... Tus árboles frutales han sido reemplazados por tiendas de campaña, por cañones y trincheras. En la ermita del Loreto, en la casa de campo del Arzobispo y en las alturas de los Ermitaños habeis plantado vuestros reales, verdugos de Europa, y amenazais el fuerte del Olivo, que guarda las llaves de la ciudad. No entrareis en él, Habert, Frere, Salme y Harispe, con todas vuestras divisiones, sino por descuido, por traición ó por engaño. Los regimientos de Iberia, Gerona y América, á las órdenes del Gobernador don José Maria Gómez. rechazará vuestros ataques y no les amedrentarán la boca de vuestros certeros cañones!

¡Alegre pueblecito de la Canonja y deliciosa villa de Vilaseca, esos foragidos os han convertido en depósito del material del sitio. Agrícola villa de Constantí, siempre bañada por el sol, tu eres el cuartel general del sanguinario Suchet. Industriosilla villa de Reus, tu eres el depósito de víveres de esos cerdos y su hospital de sangre! ¡Vosotras gemis bajo su yugo y nosotros somos el blanco de sus desatinadas ambiciones.

¡Hermoso pedazo de mi tierra! ¿Que será de tí?

Así exclamé, con lágrimas en los ojos, y conociendo que me iba entristeciendo por momentos, me retiré del ventanal, dí un adios al sol, que nos mandaba su último beso con un rayo de luz; el chico, encendió de nuevo la vela; supliqué á las campanas que se estuvieran quietecitas y calladas; me apoyé en la mano del sacristan y me metí en el interminable vientre de aquella culebra de piedra, que tiene por intestinos peldaños, relojes, pesos de hierro, cuerdas y garfios, y salí, sano y salvo, al claustro, diciendo á mi ciceronne, que no volvería á emprender tan delicioso viaje.

X

El reconocimiento que hicieron los españoles el día 14, y la salida que se verificó el día 15, mandando los nuestros el general don José San Juan, con 2.000 hombres, 100 caballos y dos piezas, mandados por el bizarro teniente de artillería el señor Dolz, dirigiéndose á la vecina playa, y apoyados por la escuadra, que hizo fuego contra un reducto recién construido por los imperiales, en el que se encerraron, y á no venir en su auxilio el General Habert, ni uno queda con vida, no fué tan importante como la salida que ayer 18 ordenó el general Campoverde, aún que no alivió ni en poco, ni en mucho, la triste y penosa situación de esta desgraciada plaza.

Amanecía. Todos los vecinos estaban en la calle, y en la puerta del Rosario se

reunió la fuerza, que fué dividida en tres columnas; la de la derecha al mando del entusiasta teniente coronel Costerca; la de la izquierda á las órdenes del coronel Contirac, un buen amigo, un señor de relevantes prendas militares á quien debo estos datos; (pues me considero completamente nulo para tratar del arte de la guerra), sostenido por la caballería del coronel De-Creff, y la del centro dirigida por el sargento mayor Gómez, un chico que ha nacido para general, secundado por 250 zapadores y dos piezas de campaña á las órdenes del teniente coronel don Manuel Lara, capitán del tercer regimiento de Artillería, de quien he oído hacer grandes elogios. Muchos paisanos, henchidos de santo y patriótico entusiasmo, se unieron á las columnas y salieron al campo. Los nuestros atacaron con ímpetu, con valor, pues el soldado español es valiente, osado, embiste de frente como el toro y con la nobleza de esta fiera. Pasaron el puente colocado sobre el río Francolí y se apoderaron de las trincheras francesas, que destruyeron en parte, operación algo difícil por estar formadas de acequias naturales.

Los imperiales no las tenían todas consigo. Los generales Habert y Montmarie con sus tropas, he oído decir que hicieron prodigios de valor y que la suerte les era

contraria. Si no acude apresuradamente Suchet en auxilio de los suyos, no consiguen la victoria. Ante la superioridad del aguerrido enemigo, los nuestros tuvieron que replegarse á la plaza, dejando en el campo á muchos valientes y decididos compañeros, que sellaron con sangre su valor.

¡Pobres mártires de la independencia! Vuestra tumba es la fosa del soldado, un hoyo en la tierra movediza, que yo alfombraría con palmas y laureles rezando de hinojos la prosa de difuntos!... ¡Si esta guerra continua dentro de poco será España un inmenso cementerio!...

Los franceses han tenido también numerosas bajas. No cargan con balas de algodón sus fusiles nuestros valientes. He presenciado la retirada desde el baluarte de la Puerta del Rosario. Era la primera vez que presenciaba una batalla y su espectáculo llegó á entusiasmar me. ¡Qué estrépito producían el estampido de los cañones de la escuadra inglesa anclada en el puerto, que unidos á los de los fuertes sostenían la retirada!

Al oír las descargas, los gritos de los combatientes, unidos á los del pueblo que coronaba los muros; el relinche de los caballos; los toques de pitos, cornetas y tambores; aspirando el olor de la pólvora-

ra, que con el polvo que levantaban peones y corceles ocultaba el sol: noté que me entusiasmaba por momentos, que mi pecho se ensanchaba, que el corazón me latía con violencia debajo del hábito, y descolgándome del cuello un crucifijo, lo mostré á los bravos artilleros y al pueblo que me rodeaba, gritando con estentórea voz:

—¡Sus, á ellos, nobles caudillos de la fé y de la patria! Pelead con valor, con entusiasmo por la nación española y por este sublime mártir, que os contempla desde el árbol de la cruz.

Esto fué la introducción de un patriótico discurso que improvisé al pié de los cañones, rodando las balas bajo mis piés y sin cuidarme de mi persona.

Ignoro lo que dije, solo sé que entusiasmé á cuantos me rodeaban, que los jefes me felicitaron, que los artilleros me contemplaban con admiración, que los chicos aplaudían, que las mujeres lloraban y que el pueblo me paseó en triunfo por las calles, atronando los aires con los gritos:

—¡Viva fray Domingo!

—¡Viva nuestro monje!

—¡Viva el gran orador!

—¡No hay monje más valiente en toda la católica España!

¡Pobrecitos! Si ellos supieran que me espanta el mango de una escoba, que el

cierre de una puerta me produce una sensación nerviosa, que la presencia de una araña me obliga á correr y que el olor de la pólvora me produce jaqueca, á buen seguro, que no me hubieran dado el epíteto de valiente, pues, como todos los hombres de letras, estoy reñido con el valor, con las armas y con la guerra.

¡Nuestro pueblo es tan impresionable, y se entusiasma tan fácilmente!...

La heroína de esta acción ha sido la calesera de la Rambla de San Carlos. La *Rossa*, como le llama el pueblo, pues es la Rubia más hermosa de Tarragona, según dicen los peritos en la materia.

Es posadera y su esposo es calesero. ¡Qué buena pareja!... Ella rubia como el oro, de ojos azules, grandes y limpidos, blanca, sonrosada, dotada de buen busto, de arrogante talle, limpia, franca, expansiva y con un corazón más grande que esta ciudad.

El, moreno, con patillas de á cuarta, con ojos negros, dotados de mirada penetrante, alto, fornido, elegante; que nunca se le caen la pipa y el chiste de los lábios, buen ginete, mejor calesero, con un corazón de niño y con la fuerza del toro.

Los dos cónyuges, son muy devotos de la virgen de la Guía, que se venera en los claustros de la catedral y del milagroso

Santo Cristo, que le crece la cabe' lera en el concurrido altar situado en el crucero de la mencionada Basílica. Aquella piadosa imagen que obra tantos milagros, que conspira tanta devoción á la gente del pueblo y que en estos aciágos días se vé visitado á todas horas, y contándose á docenas las velas que arden ante su piadosa imagen, es la esperanza de Tarragona.

Todo el mundo dice y repite.

—¡Qué sería de nosotros si el Señor Crucificado nos dejara de su mano!...

La rubia reúne otra hermosa circunstancia en su favor. Nadie le aventaja á patriota. ¡Habla con un fuego, con un calor, con un entusiasmo contra los franceses, que hasta los indiferentes, que también abundan, aun que parezca extraño, la escuchan con admiración y aplauden sus palabras.

Anteayer encontré á don Agapito delante de la Pescadería.

—¿A donde va la Gaceta? le pregunté sonriendo y ofreciéndole de paso la caja de rapé.

—A casa de Manuela Sancho, me contestó, á que me explique la salida que hicieron nuestras tropas, los días 14 y 15 del que rige. Como ella tomó parte en estas acciones...

—Pero, ¿quién es esa Manuela Sancho?

—¿No la conoce su paternidad?

—No.

—Parece extraño.

—Si no recuerdo mal, este es el nombre de una de las heroínas del segundo sitio de la inmortal Zaragoza.

—Pues aquí tenemos otra Manuela.

—¿Quién es, si puede saberse?

—La *Rossa* la calesera. Es una amazona nacional, que honra á Barcelona, por haber visto allí la luz primera y á Tarragona por ser la más heroica de los defensores.

—¿Pero, que acciones son las suyas?

—Se ha batido contra los imperiales. Al pié de sus mismas trincheras les ha sacudido el polvo. A valor no hay quien la iguale. Es un leoncito con faldas, nuestra rumbosa mesonera.

Y añadió con entusiasmo:

—Hoy se ha coronado de gloria nuestra amazona. Ha dado muerte á un oficial francés, ha herido á otros, se le ha visto empuñando el fusil y haciendo fuego, en los sitios de más peligro, sin que le estorbaran las sayas, sin que sintiera la fatiga, sin temor á las balas que cruzaban en todas direcciones, ocasionando numerosas muertes á su alrededor. Y durante la retirada, ella animaba á los combatientes, les infundía valor y les exortaba con el ejemplo. El pueblo la ha recibido en triunfo.

—¡Viva la rubia!

—Viva la mujer valerosa!

—Viva nuestra heroína!

—¡Viva la mata mata-Cristos! (1)

Eran los gritos con que la saludaban la multitud. Por tan heroicas acciones, el general Campoverde, le ha puesto en el hombro la charretera de sub-teniente del ejército.

Y dicho esto, se alejó cantando.

Estas cosas me entusiasman. He descolgado la lira, he pedido inspiración á Apolo, he subido á gatas la cima que conduce al templo del Parnaso y he escrito unas quintillas á nuestra Manuela Sancho, como le llama don Agapito.

No son dignas de la persona á quien van dedicadas. El cielo no me hizo poeta y escribo á la buena de Dios, como el pueblo improvisa sus cantares.

Podrían ser mejores. Bien lo sé. ¡Pero es tan humilde, tan oscuro, tan pobre mi estro!

Allá van, y perdonad sus muchas faltas.

De la culta Barcelona
llegó un día á Tarragona,
en charolada calesa
una pedestre princesa
que es digna de una corona.

(1) Así se les llamaba á los franceses en el campo de Tarragona.

Es una rubia hechicera,
de hermosura verdadera,
que la virtud la acompaña,
es... la mejor posadera
que ilumina el sol de España.

Con su caprichoso traje,
sentada en su carruaje,
es una ninfa cristiana,
que, al sonreir la mañana,
con el sol vá de viaje.

Una aguerrida amazona,
que mil gracias eslabona
de la cabeza á los pies,
que ha puesto en fuga al francés
delante de Tarragona.

Patriótica y cristiana,
de buen temple y corazón,
es en todo digna hermana
de otra heroica catalana:
de Agustina de Aragón (1).

(1) Agustina Saragossa y Domenech, es su verdadero nombre, con cuya ortografía catalana firmaban sus hermanos bautizados en la parroquia de San Pedro de las Puellas de Barcelona, pudiendo por lo tanto, reputarse como natural del Principado, pues pasó sus primeros años en dicha ciudad, en ella casó con el señor Roca, militar español y de la misma salió para reunirse á él, que peleaba en Zaragoza contra el ejército invasor. Recientemente el Ayuntamiento de Barcelona al dar nombre á las calles que figuran en el proyecto de reforma interior de la ciudad ha acordado poner su nombre, como catalana ilustre, en una de sus vías.

Animosa mesonera,
la bordada charretera
que debes á tu valor,
admirará con amor:
Tarraco y la España entera.

Un pobre monje olvidado,
de su convento arrojado,
hace votos á Belona,
que te ciña la corona
que tu arrojo ha conquistado.

La hermana de Marte fiero
te dará tal galardón,
y como no, cuando infiero,
que tu nombre el pueblo ibero
grabará en su corazón.

XI

Las señoras de esta ciudad tambien son dignas de aplauso. He visto á Marcela, á su tia doña Tecla, con sus dos bondadosas hijas Ramona y Soledad, que son el orgullo y el encanto de la calle Mayor, y á otras damas y damiselas empleando sus preciosas y cuidadas manos, en fabricar cartuchos, tanto de fusil como de cañon, en hacer hilas y vendajes para los santos hospitales y suministrar á los pobres soldados heridos, caldos, bizcochos y vinos generosos, corriendo de su cuenta estos artículos.

La caridad y el amor á la santa causa, que defendemos con tan noble teson, se albergan, como dos buenas hermanas, en el pecho de todos los hijos de esta ciudad.

Los hombres no se dan tiempo de reposo. Unos continúan trabajando todavía en el perfeccionamiento de las fortificaciones en el castillo del Olivo, otros se emplean en las obras interiores y exteriores de la plaza, desafiando el peligro, el cansancio y enardecidos de patriótico entusiasmo; la Junta de patricios, celosos del buen nombre de Tarragona, llamada de vigilancia, presidida por el Gobernador de la plaza, con aprobación del Gobierno, se ocupa con actividad asombrosa, en observar las operaciones del enemigo, proveer en las necesidades á los fuertes, en el transporte de municiones y víveres y en la conducción de heridos, en tanto, que los marineros, prácticos en el manejo del cañon, asociados al Real Cuerpo de Artillería, sirven gratuitamente las Baterías.

Cuando encerrado en mi cuarto y á la luz de un velón consignaba con entusiasmo el noble proceder de estos vecinos, me ha notificado el padre cura, que la Junta superior había decidido trasladarse á Villanueva.

Dejé la pluma sobre la mesa y le pregunté con extrañesa.

—¿Pero á que obedece esta marcha repentina?

—Su paternidad, no está en el secreto de muchas cosas.

—Explícate V. Me tiene sobre áscuas.

—¿Tanto le ha sorprendido la noticia?

—En grado superlativo.

—Ha dicho el presidente de la Junta superior, que para obrar más libremente en sus disposiciones se embarcaba para Villanueva. Pero es otra la madre del carnero.

—¿Cual?

Don Alfonso bajó la voz, inclinó el cuerpo sobre la mesa y me dijo con mucho misterio:

—¡Que esto se lo lleva la trampa! La Junta manda por un lado, los jefes de las tropas por otro, Campoverde se cree un rey absoluto, el Gobernador de la plaza dispone las cosas á su capricho, y han sido tantos los disgustos, contrariedades y humillaciones por que ha pasado la Junta, que estos señores han dicho: ahí queda eso, y el diablo que lo desenrede.

—Pero que vá á suceder aquí?

—Lo que disponga el cielo; y estoy convencido que no será cosa agradable. Mi cabeza huele á pólvora, como la de todos los vecinos.

—¡Dice V. unas atrocidades!..

—¿Se asusta V.?

—Yo creo que Dios no nos abandonará. Nosotros defendemos su causa.

—Pero, el diablo se ha metido en la guarnición y si no bajan los ángeles á

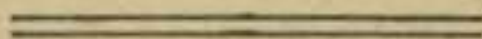
darle de cuchilladas nos pondrá en un aprieto... Ea, D. Domingo, no asustarse. Todo será lo que tase un sastre.

—¿Y si usa malas tijeras y rasga el paño?

—Procuraremos enmendarlo con auxilio de Dios, de algunos valientes soldados, de los individuos de la milicia..., y añadió cambiando de acento y cogiendo el velón, y de nuestros pellejos. Ea, á las penas cuchilladas, vámonos á cenar, que el simpático Manuel, nos está aguardando.

Y se llevó la luz.

Guardé el cuaderno, abandoné la silla y triste y preocupado encaminé mis pasos al comedor.



XII

Una aguda erisipela en la cabeza me ha tenido prisionero en la cama. Mi patrona pretendía curármela haciéndome la señal de la cruz en la frente; pero el alojado, un muchacho que es un Hipócrates en medicina, me suministró unas tomas de sulfato de quinina y me mandó tomar un purgante, y á los tres días me pareció que me hubiesen sacado un enorme peso de la cabeza.

Dos días después, el primero de Junio, Manuel, así se llamaba el joven médico, que había estado ausente todo el día, se sentó á mi cabecera, me tomó el pulso y me dijo con tono triste y abatido:

—Procure su paternidad que no le dé el aire.

—Me parece que la erisipela se bate ya en retirada.

—Ha desaparecido todo peligro. Mañana podrá abandonar la cama; pero no salga de la habitación y que se le sirva la comida en este dormitorio.

—Si este cuarto parece un horno. ¡Busco aire!... ¡Me ahogo!...

El joven bajó la cabeza.

Noté su tristeza y le dije con cariño.

—Pero señor Bofarull; ¿por que vive tan triste y preocupado? Me parece que usted gime bajo una opresión moral. ¿Podrá saberse la causa de su tristeza?

—Padre, mi pobre corazón mana sangre... Es una historia antigua... Su recuerdo me hace daño... ¡Ah! quién pudiera olvidar!... (1)

—Algún amor contrariado...

—No, asesinado.

—¡Jesús, María y José! Y quienes fueron los asesinos.

—Los franceses.

—¡Siempre ellos!

—Esos bandidos, que por traición, según dice el pueblo, acaban de apoderarse del fuerte del Olivo... ¡Qué hecatomba, padre!... ¡Su relato causa horror!

Esta noticia me dejó anonado. Procuré incorporarme y le dije con asombro y con fatiga:

(1) Véase el episodio «Las mujeres de Arbós».

—Chico, tú deliras.

El mozo prosiguió:

—Ha sido una gran desgracia. Ese castillo era la llave de la plaza de Tarragona y del Principado, pues que por ella se recibían todos los recursos necesarios.

—¿No decían los generales y los oficiales que el Olivo era inexpugnable?

—Sí. Pero su jefe don José María Gomez, por descuido ó por ignorancia, *ha franqueado* la puerta al invasor, los ánimos están abatidos, Tarragona consternada, el llanto es general.

—Y como se explica la pérdida de ese castillo, de ese fuerte que era nuestro amparo y salvación?

—El Olivo, como su paternidad no ignora, está situado sobre una pequeña colina á quinientas toesas de esta plaza. Toda la circunferencia que mira al frente donde los franceses tienen su mayor fuerza y más adelantados sus caminos cubiertos, baterías y trincheras, estaba medianamente fortificado y coronado el frente con cuarenta piezas de artillería. Tiene un foso abierto en piedra viva; espaldones y blindajes y un cuartel para 300 soldados. El fuerte dominaba el frente de la plaza de donde sale un camino cubierto sin terminar. Los franceses tenían todos sus cinco sentidos puestos en el Olivo. Querían apoderarse

de él á toda costa para dominar ésta plaza. Tomadas las trincheras á los nuestros armaron tres baterías, pues el terreno no permitía emplear mayor masa de artillería, y las transportaron á brazo, luchando en medio de un loco entusiasmo, pues á entusiastas nadie gana á los imperiales. Para cubrir la operación intentaron un ataque contra ese fuerte, siendo rechazados con numerosas pérdidas. El general Salme, que era un bravo y animoso soldado, pagó su atrevimiento con la vida.

El mozo hizo una pausa y prosiguió:

—El día 28 de Mayo, 13 piezas rompieron el fuego contra el Olivo, que contestó enérgicamente. Ayer día 29 continuó el cañoneo destruyendo las empalizadas de la gola del castillo. Y por la noche ordenó Suchet organizar las columnas de asalto. A una señal convenida avanzaron precedidos por los tiradores las dos columnas de ataque. La primera se dirigió contra la saliente de la derecha del foso y la segunda debía rodearla por la izquierda y una fuerte reserva apoyaba ambas columnas mandándolas el general Ficatier. Eran las nueve y cuarto de la noche. Triste, negra oscura y cubriendo negros nubarrones el horizonte. La columna francesa al mando del comandante Revel acababa de rodear el foso del castillo y llegaba ya á la gola

cuando se encontró casualmente con el regimiento de Almería que desde esta plaza se dirigía al fuerte. Esta circunstancia les vino de molde, y sin ser vistos tratan de introducirse detrás de los nuestros, en tanto que se rompía el fuego en todo el perímetro de la plaza. Fuerzan los imperiales las puertas y traban con los defensores una lucha encarnizada, en tanto que merced á la oscuridad y á la confusión y á la sorpresa la primera columna seguida de las reservas penetró por otro lado en el castillo.

Mudo, estático, absorto, como si hubiese perdido el habla, el movimiento y la voluntad escuchaba la atrevida relación.

El mozo continuó:

—El comandante Meoque, se lanza al foso con un valor á toda prueba; pero las escalas que llevaban resultan cortas y hace embarazosa su situación, cuando el capitán Calamé descubre un paso formado por los escaños de un acueducto que no se había utilizado. Arrojanse los zapadores sobre la estacada que cubre la entrada destruida en parte á cañonazos, no encuentran resistencia, por batirse los nuestros á otro lado del fuerte, penetran en él con la segunda columna imperial, y cogen á los defensores por la espalda, cerrándoles el paso y la salida. Aquel momento fué horroroso, llena de espanto el alma, según la gráfica expre-

sión de un pobre soldado, que pasando mil peligros, ha entrado en la plaza.

Yo me oculté el rostro con ambas manos.

El médico prosiguió.

—Llegan nuevos refuerzos franceses. Los nuestros, amontonados en el reducto, locos, desesperados, aturcidos con la sorpresa, sin dirección, faltos de jefe, pues Gómez había caído herido, cargan bayoneta, se baten *como leones*, (1) dejándose matar en sus puestos, siendo muy pocos los que lograron salvarse, arrojándose por los fosos. En poco más de tres horas, han muerto 1.200 españoles, entre ellos 200 artilleros, que sucumbieron como buenos al pie de los cañones, y nos han hecho 1.000 prisioneros, de los que 70 son oficiales, se han apoderado de gran número de municiones y de 20 piezas útiles. Esto es, padre, cuanto debemos á la falta de precauciones militares, y al olvido de prácticas recomendadas en toda campaña. El pueblo achaca la pérdida del Olivo, á alguna traición, y la desconfianza, se alberga en el alma de todos estos leales vecinos.

—Hijo mio, ¿quién sabe si el pueblo está

(1) Así califica Suchet á aquéllos bravos soldados en el parte enviado á Napoleón.

en lo cierto! Le contesté sollozando, pues era mucha mi pena. Los traidores, han existido en todas las épocas. El santo amor á la patria, no se alberga en todos los corazones. El oro extranjero, corre de mano en mano y corrompe á muchos malvados que deberían ser fusilados.

—En esta sangrienta hecatombe, que no tiene ejemplo en esta guerra, la traición consiste en falta de tacto, de cordura de precauciones militares. Al diablo solamente se le ocurre, anunciar públicamente ayer 29 de Mayo, en el orden de la plaza, que el regimiento de Iberia, había pedido el relevo y el de Almería pasaría á relevarle á las nueve de la noche; y que el señor Campoverde tolerase, que la Junta de vigilancia, que se entremete en todo, conociese el santo y seña. Esto es una falta grave, que castiga la ordenanza con severas leyes. Lo que está pasando, parece un juego de niños. Falta una cabeza, un brazo de hierro, otro D. Mariano, un hombre superior, que sepa imponerse, que mande á paseo á los exaltados, y que castigue á los jefes por sus ódios personales, por sus locas ambiciones de mando y por sus ridiculas rencillas. La política juega el gran papel en este desbarajunte que nos acarrea tantas miserias, tantos males, tantas muertes y tantos horrores, Tarragona será cru-

cificada, y nuestras torpezas la habrán puesto en la cruz.

En esto se escuchó un fuerte cañoneo. Eran las 11 de la noche

El sobrino de la patrona, un joven pintor de carruajes, entró en mi cuarto con el fusil al hombro.

—Pablo, ¿que es este estruendo! ¿que ocurre? ¿que pasa? ¿que otra desgracia nos amenaza? pregunté temiendo que los franceses asaltasen la ciudad.

—Tranquilízese padre, me contestó el miliciano. El señor general en jefe, ha mandado que nuestros cañones bombardeen al fuerte del Olivo, hasta convertirlo en ruinas, y de ese modo los franceses se verán en la precisión de abandonarlo.

—¡Inútil tarea! exclamó Manuel, sonriendo tristemente, y con el puño crispado salió de la habitación.

Fijé los ojos en la imágen de una Virgen colocada en una mesa delante de mi cama, y me pareció que una lágrima asomaba en sus celestiales pupilas. Ella es madre de los españoles y la triste suerte de sus hijos, no podía menos de entristecer á su bondadoso corazón.

En toda la noche no pude reconciliar el sueño, pareciéndome que estaba atado en el potro del tormento. Mi sueño, fué una *danza macabra*, Con el día terminó el ca-

ñoneo y calmó mi agitación, Pablo, me sirvió el sulfato de quinina, me preparó un vaho con flor de sauco, recliné la cabeza en la almohada, el dios Morfeo con sus invisibles dedos, entornó mis parpados y me dormí.

XIII

Durante mi corta enfermedad, han sido muchas las personas que han venido á enterarse de mi salud. Mi buen amigo don Amancio ha pasado horas enteras sentado á mi cabecera, y su hija acompañada de su novio ha venido tambien á hacerme compañía. En mi presencia los dos palomos tambien se han arrullado. Mientras don Amancio me decía, que había entregado, gustoso, grandes cantidades para la defensa de la patria, Marcela y Felipe de pié delante del balcon, conjugaban el verbo amar, muy por lo bajo, sino mentian el movimiento de sus labios y las sonrisas, miradas, suspiros y otras niñerías que constituyen la salsa del amor.

Me causa risa ver á un discípulo de Rousseau; (aquella lengua demoledora que en la tribuna patriótica soltó tantas barbaridades), empaquetado con el uniforme de capitán de la milicia, y batiéndose contra los franceses, que según algunos, reparten por España la semilla de la libertad, y suspirar como un manso cordero á los piés de una hermosura. Sanson tuvo la flaqueza de confesar á Dalila, en que consistía el secreto de su fuerza, y Belisario hilaba á los pies de una débil mujer. ¡Oh temible poder de la belleza! Si es tanto el amor de la niña y de ese tribuno, que se casen pronto, y al verlos del brazo, alegres, contentos y satisfechos de su posición, dirigiéndome al novio exclamaré con Salomon: «alégrate con la mujer de tu mocedad; sea como cierva muy amada, y muy graciosa cervatilla. Sus cariños te inunden de alegría en todo tiempo, en su amor busca siempre tu placer...»

No creo que este amor sea duradero. Fijo en mis trece repito lo que escribí á mi buena hija espiritual doña Perpétua. El vicario les echará la bendición, el amor irá en aumento durante la luna de miel, después vendrá el hastío, Marcela bostezará de lo lindo, y él entablará de nuevo amistad con Volney, Jovellanos, y otros recalcitantes enciclopedistas, y siendo dos seres en

uno, sus almas estarán por completo divorciadas.

Veo que me ocupo demasiado de lo que no me interesa.

Al grano, al grano.

Consignemos en este libro del Sitiado, los hechos más importantes que se desarrollan en esta plaza.

Después de funesto acontecimiento de la pérdida del castillo del Olivo, como dirán los historiadores, el espíritu público que estaba por completo abatido, se ha reaccionado de nuevo, las autoridades y el pueblo han rechazado con fiereza, con dignidad y con verdadero patriotismo, las proposiciones de rendición hechas por el inhumano Suchet. Ayer 30 de Mayo Cam-poverde reunió Consejo de Guerra al que concurrieron los Diputados de la Junta Superior y otras autoridades y acordóse, que para salvar esta plaza, era preciso obligar á los imperiales levantar el cerco, pues los fuertes no reúnen muy buenas condiciones de defensa; y hoy día 31 el General en Jefe ha salido de esta ciudad dejándola á cargo de D. Juan Senen de Contreras, sin escuchar las justas amonestaciones de este señor, que por ser recién llegado á Tarragona y no conocer la posición topográfica de los alrededores, no quería cargar con tanta responsabilidad. Su

antecesor D. Juan Caro con gran contento suyo, aún que no lo manifestaba, ha sido comisionado para ir á Valencia en busca de socorros, y á la vez, nombrando Gobernador á don José González, hermano de Campoverde, facultándole la misión que se había confiado á Contreras si se presentan divergencias y diferencias de apreciaciones. ¡Bonito lio! El diablo debe estar de enhorabuena. A más, se ha dispuesto que, el General Sarsfield, se encargue del barrio de la marina, como cosa independiente de esta plaza, sin tener en cuenta que á esta división de mandos, se debe la pérdida de Tortosa y de otras plazas.

El embarque de Campoverde con 6.000 hombres de las mejores tropas, con gran número de Jefes y oficiales, se ha verificado tan precipitadamente y poco menos que á cencerros tapados, que el estado mayor compuesto de los coroneles D. Ramón Folgueras y D. Andrés Rossecourt, no saben á que atenerse, y el primero de dichos señores, insta y pone en juego todas sus relaciones, para que se le destine al ramo de ingenieros de donde procede, pues no conoce debidamente el recinto. Dudo que lo pueda conseguir.

Siguiendo el mal ejemplo de muchos oficiales, que inventando diversas comisiones han liado el petate, son muchas las

familias de rango que han abandonado la ciudad. Esto se vá quedando triste y desanimado por momentos. El animoso D. Alfonso y el simpático D. Manuel se han incorporado á sus respectivos regimientos, embarcándose con rumbo hacia Villanueva y Geltrú. Yo hubiera querido acompañarles; pero mi enfermedad me lo ha impedido. Al ver que todos se ván, que la guarnición se compone de 10.000 hombres escasos, que en los jefes que han quedado en la plaza falta armonía, que en esta casa de pupilage antes tan animada, solo se vé la patrona que parece un palo con faldas, que habla de asaltos, de violaciones y de asesinatos á todas horas y la criada que vierte lagrimones como el puño por haberse ausentado su novio, se ha apoderado de mi alma una melancolía tan honda, tan triste, tan profunda, que temo por mi salud.

XIV

La erisipela, cuando la creía curada, se me ha presentado de nuevo; pero afortunadamente he podido ya salir de casa, he ido á misa á Nazaret, y en compañía de D. Amancio, he paseado por la Rambla, que estaba poco concurrida.

Un padre franciscano, subido á un banco de piedra delante del meson de la *Rossa*, dirijía la palabra al pueblo, diciéndoles que Campoverde, *volvería pronto en auxilio de la plaza*, añadiendo, que el Angel de la Guarda, no abandonaba Tarragona, y que era un crimen hablar de capitulaciones, por honrosas que fueran estas. Pero el público no parecía entusiasmarse. Las descargas ensordecían los aires, y las bombas habían destruido algunos edificios de la barriada del puerto.

Los franceses no se dan tiempo de reposo. Con una actividad asombrosa, pues á activos nadie les aventaja, una vez tomado el Olivo, adelantaron con rapidez sus trabajos, y tanto, que desde el fuerte de Orleans, nuestros sufridos soldados les tiran piedras.

El animoso brigadier Sarsfield al frente de los cazadores de Almería y Saboya, inutilizaron varias veces sus trabajos, arrojándolos á la bayoneta de las posiciones, pero tan pronto los nuestros se retiraban, los imperiales las ocupaban de nuevo.

¡Pronto caerán en su poder los fuertes de Francolí, de Orleans, Luneta del Rey, del Príncipe y Colina Real, que escalonados en línea recta miran de frente al ejército sitiador y defienden la marina. Desearía equivocarme; mas no lo creo.

Ayer al relevar la tropa que guarnecía uno de estos fuertes, hallaron cadáveres á los artilleros, tendidos entre un mar de sangre, y clavados los cañones. ¡Cuánto valor, cuánta tenacidad, cuánto heroismo, sacrificado en aras de la patria!...

¡Hermoso mes de Junio, uno de los más deliciosos del año; ¿porqué libre como un pájaro no puedo gozar de tus hermosos días, en paz y en gracia de Dios?

Con qué ilusión recuerdo hermoso mes, intituido por Rómulo y dedicado á Hebe,

que cada año nos regalas tu florido canastillo de flores, que las rosas, las cruces de Jerusalem, que la malva real, que el hinojo, que los claveles y que las azucenas adornan nuestros campos! ¡Que en otros días más felices, nuestros humildes payeses aparejaban los aperos de recolección, que en las eras de trillar se oían alegres cantos, que los labradores plantaban árboles de ribera, espinos y verdes cañas, y que florecían alegrando los ojos y el campo la alfalfa, el trebol y el regalíz, cosechándoles más adelante para servir de alimento al hombre y á los ganados! ¡Y hoy, los árboles aparecen cortados, los sembrados destruidos, las cabañas hundidas, los corrales abandonados, las aves sacrificadas, las flores chafadas y la hortaliza troncada por la caballería, los cañones y otras armas de guerra que me causan horror y espanto!

En medio de estas tristes reflexiones ha llegado á mis oídos el eco de una guitarra. ¡No sé qué encanto encierra este melodioso instrumento, que al oírle rejuvenece todo mi ser!

He soltado la pluma y me he asomado al balcon.

¡Qué cuadro tan hermoso he contemplado!

El soldado español, es uno de los tipos

característicos de nuestra tierra. Es la encarnación de nuestra raza; valiente, apasionado, frívolo, ligero y emprendedor.

¡Qué hermosa es la juventud! Unos diez soldados pertenecientes al regimiento de Granada, que han pasado el día batiéndose en la puerta del Rosario, al dar el toque de ánimas han regresado á sus alojamientos, y después del rancho y de fumar de lo lindo, pues se les regala muy buen tabaco, han improvisado un baile en la tienda del panadero de enfrente, y á la luz de dos candiles colgados de un clavo han dado principio á la danza, obligando á las mozas de la vecindad, (que no les llega la camisa al cuerpo, temiendo el asalto), á rendir culto á Terpsícore.

El pueblo español, tanto sirve para un fregado como para un barrido. En mis mocedades fuí invitado á la fiesta mayor de Monzón, y pude cerciorarme por mis propios ojos, de que nuestro pueblo no se parece á ninguno y que es lo más excepcional que darse puede. Con la primera luz del alba oí á los mozos entonar por las calles de la villa el santo Rosario matinal, cargando con hermosos faroles; al medio día disparar escopetas de caza ó correr la pólvora, esa es la frase, en los ventanales del campanario, mientras las campanas repicaban á fiesta; por la tarde correr novillos

en la plaza; en la procesión, vistiendo el sobrepelliz y con un ramo de albahaca tras la oreja, llevar en andas las imágenes de los santos; al anochecer armar camorras en las tabernas y apalear á los vecinos de los pueblos comarcanos que habían acudido á la fiesta; y á luz de la luna, rondar á sus novias, cantando debajo de sus ventanas apasionadas coplas populares.

Estoy convencido, de que todo esto lo aprendimos de los árabes. Por eso les mandamos á paseo cuando nada nuevo podían enseñarnos.

¡Que el entusiasmo y el buen humor, sean el patrimonio de nuestros soldados, pues de este modo tendrán á raya á los franceses que nos quieren tanto mal!

XV

Esta mañana, con gran sorpresa mía, ha pasado á visitarme Felipe. Estaba triste, preocupado, y me ha dicho con grave acento:

—Padre, vengo á pedirle un obsequio que estoy convencido me otorgará.

—Si está en mi mano...

—Don Amancio, tiene puesta en V. su confianza, es V. su confesor y director espiritual, y espero que le hará entrar en razón.

—Mí buen amigo, no necesita de mis consejos. Es un varón muy prudente, muy juicioso, y al mismo tiempo sabe muy bien donde le aprieta el zapato.

—¿Se niega V. á ello?

—¿Pero á qué?

—A salvar á Marcela.

—No te comprendo.

—Pues bien. Toda defensa es inútil. Tarragona caerá en las garras de Suchet, y es necesario que D. Amancio y su hija abandonen la ciudad, antes que se lleve á efecto el asalto.

—Ha dicho Campoverde en el manifiesto que ha publicado...

—Palabras vanas. Este señor no viene ni vendrá, pues su deseo es sacrificar á Contreras. El valor del soldado decae por momentos. Tres mil cuatrocientos diez y ocho heridos, en veinte días, han pasado á los hospitales de Villanueva y Geltrú é Islas Baleares. El primer cirujano D. Antonio San German, que es pájaro de cuenta, seguido de otros profesores, se ha embarcado para Mataró; en los baluartes es sacrificada la tropa; los muros caen; el bombardeo aumenta; el fuego se propaga; los franceses destruyen nuestras lunetas; seis granaderos imperiales, aprovechándose de la confusión que reina en la marina, tuvieron la osadía de llegar hasta la puerta del Rosario, pagando con la vida su atrevimiento; y el señor brigadier Sarsfield, se ha hecho á la vela en dirección al cuartel general, mientras nuestras tropas morían valerosamente defendiendo la barriada del puerto. En vista de tanto des-

barajuste, de tanta traición, de tanta vileza, y perdone su paternidad este lenguaje. ¿he de exponer á Marcela á los ultrajes de la soldadesca francesa, que hoy es dueña del puerto y mañana lo será de la capital?

—Felipe, yo no puedo aconsejar á don Amancio que imitando el ejemplo de algunos pusilámines, abandone la ciudad. El se debe á Tarragona, es un valeroso ciudadano y apesar de sus años morirá combatiendo por el trono de Fernando.

—El es la causa de tantos males, exclamó Felipe con voz de trueno.

—No sueltes esos desatinos. Nuestro pobre monarca llora en tierra extranjera, los males que pesan sobre su desgraciada España.

—Al contrario, felicita á Napoleón cada vez que su ejército consigue una victoria. Tengo pruebas de ello.

—¿Tú?

—Sí.

—¡Puedes mostrármelas!

El joven, por toda contestación sacóse del pecho unas cartas fechadas en Valençay, que explicaban la conducta de Fernando de un modo muy distinto que nos lo presentaba aquel poeta murciano en su tragedia. «El rey de España en Bayona», escrita con la mayor sencillez y buena fé.

Yo pasaba de la sorpresa al asombro le-

yendo aquellos documentos. Aún que tenía mis escrúpulos respecto la conducta de Fernando, no le creía capaz de cometer tales bajezas.

Devolví la documentación á Felipe, diciéndole:

—Arroja estos papeles al fuego. Ellos pueden comprometerte. Estas cartas son un libelo infamatorio.

—Son un documento histórico.

—Papeles mojados, chico. No los muestres á nadie. Te acarrearían muchos enemigos. Hay cosas que no deben decirse, ni leerse en público. Felipe, sigue mis consejos, hagamos de ellos un auto de fé.

—Jamás.

—Peor para tí.

—¿Por qué?

—Darán en llamarte afrancesado.

—No admito este epíteto. No soy traidor á mi patria, ni lo seré jamás, visto el honroso uniforme de miliciano y moriré defendiendo la noble ciudad que ha sido mi cuna.

—Bravo, muy bien; veo que te vas volviendo un mozo razonable. ¿En qué puedo serte útil?

—En salvar á Marcela.

—¿Pero cómo?

—Tengo mi plan.

—Veamos lo que pretendes.

—Si don Amancio se niega á abandonar Tarragona, que me conceda permiso para trasladar á Marcela á Sitjes, yo la encomendaré á mi hermana que vive en aquella villa, y embarcándome de nuevo, regresaré á Tarragona gustoso á sacrificarme por mi patria.

—¡Virgen de la Salud! Qué plan tan descabellado. Un padre confiar su hija al novio. Esto es imposible, es una locura.

—Soy caballero.

—Eres hombre y joven.

—Cuando se ama con fe, con pasión, con delirio como yo amo, no se albergan en el pecho ideas bastardas. El sentimiento pone á raya los sentidos.

—No diré lo contrario; pero no es prudente que Marcela se eche á la vela con su galán. A más, don Amancio no querrá separarse de su hija.

—¿Pues V. qué me aconseja?

—Hacer lo que yo hago. Abrir el paraguas y aguantar el chaparrón.

La presencia del abate puso fin á esta escena.

El joven volvió bruscamente la espalda y salió de mi cuarto, jurando no volver á poner los pies en él.

Don Agapito quedó patitieso.

Después de una breve pausa me preguntó:

—¿Qué quería ese visionario, que por lo visto le causo mucho miedo?

—Quiere que sea protector de sus amores.

—¿Qué le ha despedido don Amancio?

—No; pero desea largarse con Marcela. Don Agapito soltó el trapo de la risa.

—Cuando yo digo que ese chico acabará en una casa de orates; ja, ja, ja, ¡qué cosas tan chuscas se ven en este pícaro mundo!

—Don Agapito, esto no es un secreto á voces, le encargo la prudencia.

—No tema V.. Primero cortarme la lengua que comprometer á tan buen amigo, y añadió cambiando de tono. He venido á buscarle para que vea una obra de arte que está llamando la atención en Tarragona.

—¿En donde se exhibe?

—En una tienda.

—¿Y vale la pena de ser visitada?

—Es una pintura mural, que pasará á la posteridad. Yo me he reído de veras y de fijo que V. me imitará.

Bajamos á la calle, nos dirijimos á la Mayor, y nos internamos en la de las Cui-raterías.

—Ya hemos llegado, exclamó don Agapito, parándose delante del *forn de las cuernas*.

Y cogiéndome del brazo me obligó á

entrar en la tienda, y con gran contento de su dueño, me mostró en una de las paredes á mano izquierda, la obra de un pintor de brocha gorda, más entusiasta que buen artista, que consistía en una pintura al *fresco* que representaba á su manera la batalla del Bruch, donde el león de España con un puñado de valientes paisanos se arrojaba contra las huestes francesas, destrozándolas con sus garras, viéndose el suelo cubierto de cadáveres imperiales y, por decontado, pocos de los nuestros, leyéndose al pie de aquella entusiasta *obra*:

ALMUERZO DEL BRUCH

6 de Junio de 1811.

Felicité al dueño de la tienda por tan patriótica idea, dejé á don Agapito conversando con él, y encaminé mis pasos á la calle de la Desdral, pues deseaba poner en conocimiento de don Amancio, las ridículas pretensiones del amigo de Rousseau.

XVI

El padre y la niña no estaban en casa. Así me lo dijo el ama de llaves que me recibió con muchas ceremonias.

Aquella antigualla con su cara diminuta y avellanada, que desaparecía dentro de una descomunal *cofia* francesa, me hizo mil preguntas respecto el cerco, contestándole con monosílabos, pues su voz cascada, sin modulaciones me producía el mismo efecto que si me dieran de martillazos en los oídos.

Paseaba mis ojos por un magnífico grabado que representaba el acto de poner el señor rey D. Carlos IV, la primera piedra en el puerto de ésta ciudad, colocado dentro de un marco dorado, en medio de dos estampas de Santa Tecla y San Magín,

cuando llegó á mis oídos el eco de una guitarra.

—Música tenemos, exclamé sonriendo.

—Es don Gasparito, me contestó la Matusalén.

—¿Está en su cuarto?

—Sí, señor.

—Pues subo á verle.

Y por una escalera interior subí al segundo piso y llamé á la puerta de don Gasparito, que se pasaba el día y las veladas acariciando el más popular de los instrumentos españoles.

Era este señor, hermano de D. Amancio. Era un segundón que había estudiado para cura, pero en mal hora puso los ojos en una muchacha y colgó los hábitos. La chica era una coqueta, muy casquivana y por ser mucha su hermosura, soñaba casarse con el rey más poderoso de Europa. Vivía en la calle de Caballers y bajaba todas las veladas á la reja á conversar con el ex-aprendiz de cura y á las diez abría una ventana baja que daba en la calle de las Portas falsas y pelaba la pava con un militar. Como todo tarde ó temprano se descubre en este pícaro mundo, supo don Gasparito que la bribona le jugaba esas malas tretas y el pobre chico enfermó del disgusto y estuvo á punto de perder primero la razón y después la vida. Pero afortunadamente, fué

recobrando poquito á poco la salud y aquel mocito alegre, jovial, expansivo y emprendedor, se convirtió en un misántropo que gustaba de la soledad, miró con indiferencia cuanto le rodeaba, se volvió uraño, muy poco comunicativo y parecía odiar de muerte á las mujeres. Jamás volvió á poner los ojos, ni el pensamiento, en ninguna hija de Eva. Todo su amor se consagró á la guitarra. Llegó á tocarla á la perfección. No ejecutaba pieza alguna en público, sino en su cuarto y con los balcones cerrados.

Él no tomaba parte en las fiestas de la casa, huía de todo el mundo, esquivaba las conversaciones y muchas veces emprendía largos viajes á Valencia y Andalucía, regresando cargado de guitarras y de libros. Paseaba siempre solo. Era un gran andarín y todas las tardes después de comer cogía el sombrero, se dirigía á pié al puerto de Salou, á Masrabassa, ó la Florida. De vuelta á su casa cenaba, pasaba el santo rosario, cogía el velón, se dirigía á su cuarto, tocaba de nuevo la guitarra hasta que el sueño cerraba sus párpados, y al día siguiente se repetía la misma operación.

Cuando conocí á este inofensivo y especíabilísimo señor, contaba cuarenta y dos años. Era de breve figura, de aquí que todo el mundo le llamase don Gasparito, era blanco, rubio y de ojos garzos, pequeños

y hundidos. Reunía muy buenas prendas sociales; pero le molestaba la sociedad.

—¿Se dá permiso? pregunté llamando á su puerta.

Enmudeció la guitarra y respondió una voz de niño:

—Adelante.

Y entré por vez primera en la habitación de aquel hombrecillo, bueno como el pan, casto como el primer día que vino al mundo y que no odiaba á nadie, y que me recibió con verdaderas muestras de extrañeza.

—¿Qué estaba V. tocando? le pregunté.

—Un fandango, es la composición que mejor se ajusta á la guitarra.

—Que dichoso es V. ¡cuánto le envidio!

—¿Por qué?

—Encerrado en su nido. No se preocupa V. por nada, ni por nadie y todo su amor lo consagra á la guitarra.

—Ella es muy buena, me contestó, nunca engaña. Es, como los libros, una buena amiga.

—Ella es la madre del violín.

—Está V. en un error. La guitarra deriva de la *tambura*, instrumento asirio, cuyas formas así en la caja, como en el mango, son muy semejantes á los de ese melodioso instrumento, gloria de España.

—Dicen que su ejecución requiere poco

estudio, que es muy fácil, muy sencillo.

—Eso lo dirán los ignorantes. No todos han nacido para tocar la guitarra. En mis viajes he recogido cuanto se ha escrito sobre este tesoro de la música nacional. Si es de fácil ejecución se lo dirán mis buenos amigos los tratadistas de guitarra del siglo diez y seis, los señores Narvaez, don Luis Vinegros de Inestrosa, don Diego Pisador, don Luis Milán, autor del *Cortesano* una de las obras más antiguas de la literatura española, Vallderábano, Bermudo, don Alfonso Mudana, Doya, don Carlos Amat, célebre médico de Lérida y el poeta Espinel. En el siglo diez y siete el presbítero don Lucas Ruiz de Rebayas y don...

—Basta, basta, exclamé, me doy por convecido. Ea, regáleme V. los oídos.

—No le entiendo.

—Toque V. algo.

—No puedo. Hice el juramento de no tocar nunca delante de persona alguna y no quiero faltar á lo prometido.

No quise insistir, y le pregunté con cierta curiosidad.

—¿No se aburre todo el día metido en su cuarto?

—¿En donde goza más el hombre que en la soledad? Lo que siento, es no poder pasear por las afueras. Yo que no me meto con nadie verme privado de libertad, ésto

es muy injusto, muy bárbaro, muy inhumano.

—Tal vez la obtendrá á poca costa.

—¿Como?

—Dicen muchos autores, que la música domestica á las fieras y enternece el corazón de los hombres más salvajes.

—No hay quien lo ponga en duda.

—Pues coja V. la guitarra, se vá al baluarte Cervantes, ejecuta un par de seguidillas manchegas, deja bobos á los gabachos y le abren el postigo de la jaula.

Don Gasparito se puso serio, me echó una mirada que era una transición entre la ira y el desprecio y con la mano me indicó la puerta.

¡Cuanto me arrepiento de haber ofendido á un ser tan amable, tan bueno, tan inofensivo como aquel buen señor! Obré de ligero, y conocí, aún que algo tarde, que en el mundo se han de respetar todas las creencias é inclinaciones, cuando no ofenden á la moral y al prójimo, como al mismo tiempo, á las opiniones políticas, por erróneas ó exageradas que nos parezcan.

Llamé por su nombre diferentes veces á D. Gasparito y no me contestó. Y lamentando mi falta, sin que pudiera enmendarla, abandoné aquella retirada estancia y bajé al piso principal.

En el pasillo dí con doña Visia, que con voz gagosa me dijo:

—Reverendísimo Padre, subía á participarle, que mi amo y señor está de vuelta.

—Gracias noble señora, le contesté inclinando el cuerpo y procurando imitar su voz y ceremoniosos ademanes.

¡Pobre dueña! Está en lo justo Marcela, cuando dice, que doña Visia, parece que á todas horas esté bailando el minueto.

Esta antigualla y don Gasparito, son dos personajes dignos de estudio y de admiración.

XVII

Don Amancio estaba tomando el chocolate.

No me recibió con la alegría, con los agasajos de costumbre. Estaba triste y muy preocupado.

—¡Amigo! ¿Qué novedades tenemos? le pregunté tomando asiento á su lado.

El acaudalado propietario suspiró tristemente.

—¡Ay, Padre, que triste desenlace nos espera!

—¿Se rendirá la plaza? le pregunté con vivísimo interés.

—Eso jamás. Aquí no se admiten capitulaciones, por honrosas que sean. Pero los nuestros nos abandonan. Hoy he sabido cosas que hubiera preferido ignorarlas. ¡Si, padre, sí!

Yo me hice todo oídos.

Mi hijo espiritual prosiguió:

—Ayer llegó á este puerto una escuadra inglesa conduciendo refuerzos desde la ciudad de Cadiz. El coronel inglés Skerret, desembarcó 1,500 soldados que venían destinados á esta plaza. El general Contreras, le hizo recorrer el recinto y le ofreció el puesto que él tuviera por conveniente, para contribuir á nuestra defensa, y añadiendo, según se dice de público, *que no le obligaba á quedarse, si no lo hacía por su espontánea voluntad*, enterándole, con la franqueza que le caracteriza, de la angustiosa situación de nuestra plaza, y el inglés se volvió á su buque, y nos hemos quedado sin el socorro apetecido.

—En cambio, hoy á las siete de la mañana ha llegado el barón de Eroles, acompañado del Coronel de E. M. señor Villa, le contesté.

—¿Y que ha hecho el tal Barón?

—Lo ignoro.

—Revistar el recinto, tomar apuntes y salir por donde había entrado.

—Pues, qué objeto tuvo su visita?

—¿Lo sabe V.?

—No.

—Pues yo tampoco. ¡Ahora viene lo más negro!

—Mi curiosidad iba en aumento.

—Campoverde al salir de Tarragona dijo: *Volaré por todas partes hasta ver libre de opresores á Tarragona, que es el único punto que en el día ocupa todos mis sentidos*, pues en lugar de cumplir lo prometido, esta tarde ha llegado el coronel O'Ronan, con orden de dicho señor, para sacar 3,000 hombres, los mejores de la plaza y entre ellos al regimiento de Almería, que está dispuesto para embarcarse esta noche.

—Esto es inaudito, es criminal, le interrumpí.

—Lo que nos sucede no tiene explicación. Y en tanto, el cañoneo vá convirtiendo la ciudad en un montón de ruinas. ¡Cuántas muertes! ¡Cuánta desolación! ¡Cuánta vergüenza!... ¡La primera víctima fué el honrado carpintero Titet de la Mesa, como le llamaba el pueblo, que en el día 3 de Mayo, en el primer día del cerco, fué fusilado junto á las tapias del cementerio, y desde aquel infausto día, cuántos bravos patriotas han dejado de existir!

—Dios habrá acogido sus almas en el cielo. Los mártires tienen un sitio reservado en la gloria.

—Nuestras almas también buscarán muy pronto el celestial refugio.

Mi buen amigo no pudo continuar. Dos lágrimas rodaron por sus arrugadas me-

gillas y pareció murmurar una oración.

Yo fui el primero en romper el silencio insinuando muy bajo:

—Tal vez con una capitulación honrosa se evitarían muchos males.

Mi amigo irguió la cabeza, fijó en mi sus ojos y me contestó con una altivez á la que no me tenía acostumbrado:

—¿Sabe su paternidad lo que ha comunicado el comandante de la Plaza en parte verbal, un oficial del regimiento de Granada haciéndose intérprete de los sentimientos de la ciudad? Que el grito que se escapa de todos los labios, es *antes morir que rendirse*, y viene V. á mi casa á hablarme de capitulaciones.

—Como no poseo otra arma que el rosario ..

—Esta no pincha ni corta. ¡Quién tuviera veinte años! ¡Por qué me ha pillado esta guerra, hecho un cataplasma y sin fnerza y sin vista para manejar el fusil.

Y agitado y nervioso, se paseaba por el ancho comedor.

XVIII

Esto se vá. Concebir ilusiones, alimentar esperanzas, es una locura. Los enemigos son dueños del puerto. Las bombas y granadas causan horribles destrozos y ocasionan muchas muertes. Las bombas se avisan con dos toques de campana y la granada con uno, y es tan continuo el fuego, que el día diez y seis, señaló la campana entre unas y otras más de mil quinientas sesenta. En medio de tantos peligros, de tantas penalidades, de tantos desaciertos, los pobres vecinos siempre impertérritos y animosos, trabajan á la común defensa, y las débiles mujeres prestan generosamente sus colchones, para cubrir las brechas de los fuertes, y contestan con

frases de santo patriotismo á las bravatas de los soldados de Suchet.

Hoy, dia 28 de Junio, al salir el sol ha aparecido sobre el convento de Capuchinos, una batería enemiga que ha roto el fuego con nueve cañones de veinte y cuatro, batiendo la *muralleta* que se une con el fuerte de San Pablo, y una bomba de los imperiales ha incendiado el repuesto de pólvora, granadas y bombas del fuerte de Toro, habiendo sucumbido mucha tropa y perdiéndose con esta catástrofe uno de los puntos más importantes para la defensa de la ciudad. Estamos sobre un volcán, dentro de un infierno, y la tierra se abre para tragarnos á todos.

Y en tanto el general Contreras, acude á todas partes, no se da tiempo de reposo, alienta el abatido ánimo de los soldados, insiste en que la ciudad ha de defenderse con arrojo y heroísmo, interín lleguen los socorros que esperamos con tanto afán.

El animoso Don Agapito dice, que en su casa posee una cisterna construída por los romanos, solo conocida por él, dentro la cual no peligran nuestras vidas. No hay tiempo que perder. Recojo este diario y me marchó á la calle de Ripoll, «hombre prevenido vale por ciento», dice un refrán español.

.

En tanto que el padre Domingo escribía en su diario, lo que dejamos consignado, Marcela y Felipe se habían dado cita en los claustros de la catedral, convertidos en hospital de sangre.

El joven, cogiendo ambas manos á su amada, le decía con apasionado acento, pues el amor y las circunstancias le habían convertido en otro:

—Marcela, por lo mucho que te amo, por el bien que te quiero, es preciso, es necesario que abandones hoy mismo á Tarragona. Amparados por la noche nos descolgaremos por la muralla y nos refugiaremos en la escuadra inglesa. No hay tiempo que perder, los minutos son contados. Mañana los franceses serán dueños de la ciudad.

—Estás viendo visiones.

—No, amor mío. Renuncia á toda esperanza de salvación. Solo prestando oído á mis consejos la conseguirás.

Marcela lloraba y temblaba.

El joven añadió:

—Nuestros vecinos están haciendo toda clase de sacrificios y el ejército en cambio, no sabe á que atenerse, ha perdido la fuerza moral, tan necesaria en estos momentos supremos. No se bate ya con entusiasmo, desmaya, duda y recela. El señor Contreras conoce que toda resistencia es

inútil, y aunque trata de aumentar las obras de defensa, está convencido que Tarragona caerá mañana mismo en poder del enemigo. Las zanjas que se han abierto en las bocas-calles de la Pescadería y en otros puntos de la ciudad; las barricadas con pipas y arena; las casas aspilleradas de la Rambla; el derribo de la escalera de la torre de santo Domingo y la de todas las casas de la línea de aquel convento para que los franceses no se apoderen de ellas, son castillos de naipes que se vendrán al suelo al menor soplo. ¡Cuándo el peligro es inminente, la muerte segura, he de abandonarte á capricho del invasor! Nunca, jamás, la patria reclama mi auxilio y el amor me está diciendo á voces que te salve, y no puedo hacerme sordo á los gritos del corazón.

—¡Esperaremos mañana!...

—No, hoy mismo, esta noche ha de ser nuestra evasión. Tengo una escala de cuerda preparada para la fuga. Nada hay que temer.

—Tal vez, no será tan pronto el asalto como tu imaginas.

—No hay poder humano que lo impida. Estos pobres enfermos que fijan con curiosidad sus mustios ojos en nosotros, serán asesinados. Nada se respetará. ¡Ven amor mío! No quiero perderte, no puedo permi-

tir que los franceses me quiten el pan del alma, me roben el único encanto de mi corazón.

La niña sollozaba. Luchando con su amor y sus deberes de hija, no sabiendo que resolución tomar.

—¿Qué determinas? le preguntó el joven con impaciencia.

—Felipe, nada me aconseja mi corazón. Las ideas se escapan de mi mente.

—Reflexiona que los minutos son siglos, y añadió con exaltación romántica, aunque en aquella época no estaba en uso esta palabra. Reflexiona que este sol que nos alumbra, tal vez nos esté mirando por última vez.

—¿Y mi padre?

—¡Y nuestro amor, Marcela!

—¡Qué horrible lucha! vete Felipe, déjame sola, quiero consultarlo con Dios. El me guiará. El nunca me ha desamparado. Es muy trascendental lo que tu me propones... Vete, entraré en la catedral y coordinaré mis ideas. A las siete te aguardo en la capilla del Sacramento, y allí sabrás mi resolución.

—¿No hay en ello engaño?

—Te lo juro por nuestro amor.

—El te inspirará y buscará en mis brazos tu salvación.

Los dos entraron en la Seo, eran las cin-

co y media de la tarde. Al pie de las gradas de la capilla del Sacramento, se despidieron. La niña quedóse rezando. Como todas las tardes, tenía lugar en aquel agosto templo, función de rogativas; Felipe salió á la plaza, bajó á la calle Mayor, se dirigió á la Rambla y vióse de repente envuelto por un grupo de soldados que huían arrojando las armas y exclamando.

—¡Traición!

—¡Nos han vendido!...

Los franceses asaltaban la ciudad.

Felipe se vió cogido entre dos fuegos.

Grande fué su sorpresa. Un soldado cayó herido mortalmente á sus piés y exclamó con desfallecido acento:

—¡No habrá quien me vengue!

—Yo seré tu vengador, exclamó el joven, sintiendo arder de repente en su pecho el fuego del amor nacional.

Cogió el fusil que le alargaba el moribundo, y se lanzó á la lucha.

Veamos lo que había sucedido.

XIX

Era imposible sostener por más tiempo la defensa de la plaza. El general Contreras, (cuando el padre Domingo sin despedirse de la patrona, se trasladaba á casa de don Agapito), bajó á la Rambla y arengó á la tropa. El pueblo y la guarnición no prorrumpieron en vivas y aclamaciones. Estaban todos tristes, abatidos, y veían manchas negras en el sol que les alumbraba.

El general repetía:

—No desmayar. Nos defenderemos como en Zaragoza. Los franceses, tendrán que conquistar la ciudad palmo á palmo. Cada casa será un baluarte, cada calle una fortaleza, cada barricada un muro, cada templo un torreón. Y añadía, Courten,

que manda el punto no atacado debe sostenerse en los fuertes y solamente evacuarlos si lo exigen las circunstancias. El brigadier Messina asume el mando de las fortificaciones, teniendo á sus órdenes el coronel don Andrés Eguaguirre, que corre á su cargo la defensa de la Rambla, pues como no ignorais ocupan sus casas el regimiento de Almansa.

Para defender la brecha que han abierto en nuestros muros el enemigo, se han elegido los dos batallones Provinciales de Castilla la Nueva y del regimiento de Almería, y quedan en reserva el segundo de Saboya y otras fuerzas. El recinto desde la puerta del Rosario á San Magín, está debidamente custodiado, y en el centro de la plaza hay algunos batallones para acudir al peligro cuando éste se presente. Por lo tanto, no hay que desmayar. Empuñad las armas, acordaos que el pueblo catalán fué el primero que puso en fuga á las águilas francesas en las montañas del Bruch, que los mártires de Gerona y Zaragoza piden venganza, que las vírgenes ultrajadas y asesinadas en el vecino pueblo de Arbós, tejen coronas de laurel para coronar vuestras frentes vencedoras, pues contando con vuestro patriotismo humillaremos al francés.

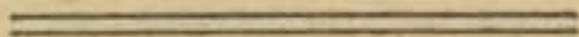
Algunos religiosos y oficiales de la mi-

licia prorrumpieron en vivas. El pueblo callaba, observaba y meditaba, meneando la cabeza como diciendo: este enmareñado problema no tiene solución.

Un religioso franciscano subióse á un banco de piedra y echó su arenga.

Terminó el discurso con una frase feliz que hizo renacer la confianza en todos los corazones allí presentes. Dijo así:

Es imposible el asalto. En la brecha colocaremos el brazo de Santa Tecla, y su mano milagrosa impedirá el paso al invasor (1).



(1) Histórico.

XX

Suchet había dicho aquella mañana á un grupo de generales:

—Hoy dormiremos dentro de los muros de Tarragona.

Y no se equivocó.

La brecha abierta en el muro podía dar entrada á ocho hombres de frente, y ordenó el asalto al cerrar la noche, después cambió de parecer y lo fijó para las cinco y media de la tarde, y reunió en las trincheras tres columnas de 400 hombres elegidos entre los mejores de su ejército á las órdenes del general Habert, que tanto se distinguió en ésta campaña, y cada una de éstas columnas iba presidida por un destacamento de zapadores.

El General Fietier mandaba en la ma-

rina una reserva de 1200 hombres para apoyar á Habert, y el General Montmarie con cinco batallones estaba apostado en la parte exterior del recinto bajo, con orden de penetrar por la puerta del Rosario y coger á los sitiados por la espalda. El ejército se puso sobre las armas. Los italianos vigilaban la carretera de Barcelona. Suchet dió la señal de ataque, y principió la acción. No empezó ésta tan felizmente como había creído el mariscal. La columna mandada por el general Habert llegó á la brecha y tuvo que retirarse en desórden, destrozada por la metralla que vomitaban nuestros soldados, y los certeros tiros de fusil de nuestros bravos defensores.

Mudos, absortos, apilotados, asemejando un rebaño de temerosas ovejas se acurrucaron al pié del muro haciendo algunos disparos que se perdían en el aire, sin atreverse dar un paso y temiendo retroceder.

Suchet, desenvaina la espada, pónese al frente de la reserva, con algunos jefes que se encuentran próximos, y seguidos de todos sus ayudantes avanzan compactos, unidos, formando un solo hombre en dirección á la brecha abierta en la *muralleta*. Nuestros artilleros cargan de nuevo los cañones, los soldados y paisanos disparan sin cesar. El enemigo intenta el asalto, el suelo se cubre de cadáveres, las columnas

se rehacen poniéndose en orden como por encanto, se empujan unos á otros con un valor á toda prueba; pasan por encima de los cadáveres, sus pies se hunden entre charcos de sangre, la pólvora oscurece sus ojos, las descargas les ensordecen, los clarines les infunden valor, sus jefes les alientan con el ejemplo, desafían todo peligro, embisten con rabia, se defienden los nuestros con un heroismo digno de encomio, no les amedrentan el número del invasor, los que caen son reemplazados por aguerridos combatientes; los oficiales heridos, cubiertos de sangre, defienden la brecha con energía y altivez, destacándose en medio de ellos, uno de elevada talla, de arrogante y hermosa presencia blandiendo la espada, luchando á brazo partido, desafiando el peligro y despreciando la muerte, como consigna Suchet en sus memorias; el terreno se hunde, cede y desmorona bajo el peso de los cadáveres y de los combatientes; los imperiales dominan la brecha, como un río desbordado se introducen en la plaza, y mezclados españoles y franceses siempre luchando, hiriendo y matando llegan á la Rambla.

Cuando el regimiento de Almansa, que estaba apostado en las casas y en las barricadas de aquel concurrido paseo avistó al invasor rompió el fuego, los franceses

embisten ciegos de furor, luchando con ardor y entusiasmo; en lo más sangriento de la pelea, los nuestros se ven atacados por la espalda, ceden y huyen á la desbandada. Por la puerta del Rosario gracias á un descuido del coronel Canaletas, acababa de entrar el general Montmarie cogiendo á los españoles entre dos fuegos. El coronel señor Eguaguirre, observando que los soldados que estaban en las aspilleras sacrificaban indistintamente á los nuestros y al enemigo, mandó suspender el fuego y solamente procuraban defenderse los que estaban en las barricadas de la Rambla, y viendo dicho señor que la tropa que estaba á sus órdenes era atacada por todas partes mandó su ayudante D. Joaquín Ramos, que pasase á la puerta de San Magín y condujese á la Rambla el cuerpo 3.º de cazadores de Valencia de su mando. El oficial no pudo ejecutar la orden. El mariscal de campo don Juan Courteu, había cerrado la puerta de San Magín y con su fuerza procuraba inútilmente su salvación por la carretera de Barcelona.

Toda defensa era inútil. El pánico se apoderó de todas las almas. Los oficiales procuraban inútilmente, contener á los soldados que atacados por la espalda arrojaban las armas. Llegan los imperiales en las gradas de la catedral, el coronel de Sa-

boya D. José González, hermano del marques de Campoverde, rodeado de un grupo compuesto de militares y paisanos procura detener el invasor, prorrumpe en entusiasmas vivas blandiendo la espada, una bala le dá en la cabeza y cae exánime. Delante de San Magín cae herido en el vientre el general Contreras, que trataba de reunir fuerzas para atacar al enemigo, que se multiplicaba por momentos y que ébrio de furor, de venganza nada respeta, todo lo lleva á sangre y fuego, saquea, viola, incendia, roba, y mata por espacio de tres días con sus correspondientes noches, cuyo relato llena de espanto el corazón, pues no registran las páginas de nuestra santa independencia, otra que pueda compararse á los horrores llevados á cabo por las hordas imperiales dentro de los muros de la mártir y desgraciada Tarragona.

El general Suchet, satisfecho de su obra y con el cinismo que le caracteriza mandó este parte al príncipe Berthcer, Mayor General del Emperador, dándole cuenta á su manera, de la toma de tan importante plaza.

«Señor.

«Pongo á los pies de S. M. las llaves de Tarragona, á las cuales espero irá unida la próxima sumisión de Cataluña.

«Un sitio de dos meses, ó mejor tres si-

tios en uno, y cinco asaltos sucesivos, han destruído una guarnición de 18.000 soldados, los más reputados de España, entregándonos un puerto, por el cual los ingleses alimentaban la insurrección de la provincia, para conservar un mercado á su comercio. Ellos han prolongado la defensa de la plaza con sus multiplicados auxilios, proporcionando en varias ocasiones, armas y municiones, y transportando tropas de Valencia, Alicante y Cartagena.

«El furor del soldado se había exaltado con la resistencia de la guarnición, que cada día esperaba verse socorrida y que contaba asegurar el éxito de estas tentativas por una salida general. El quinto asalto todavía más vigoroso que los anteriores, dado ayer en pleno día, al último recinto, ha producido una horrible matanza con escasas pérdidas por nuestra parte. El terrible escarmiento que en mi último parte á V. A. ya preveía habría que hacerse, ha tenido lugar y por mucho tiempo resonará en España. Cuatro mil hombres han sido muertos en la ciudad, y de los diez ó doce mil que han intentado escapar saltando las murallas, más de mil han sido acuchillados y ahogados, y cerca de diez mil, entre los cuales se cuentan quinientos oficiales, han caído prisioneros y salen para Francia, quedando unos quinientos solda-

dos en los hospitales de la plaza, donde se les ha respetado la vida en medio de la carnicería. Tres Generales y el Gobernador en el número de los prisioneros, habiéndose encontrado otros Jefes superiores entre los muertos, veinte banderas, trescientas ochenta y cuatro piezas en batería, cuarenta mil proyectiles, quinientos quintales de pólvora y plomo han caído en nuestro poder.

»Inmediatamente daré á V. A. parte circunstanciado de todo cuanto se ha encontrado en la plaza, así como de los detalles de la acción gloriosa que ha coronado los esfuerzos del ejército de Aragón y Cataluña, llamando la atención de S. M. sobre los bravos que tan bizarramente han combatido.—Conde Suchet.—Cuartel General de Tarragona 29 de Junio de 1811.»

El padre Domingo tiene de nuevo la palabra.

XXI

Apreciada Perpétua: He pasado cuatro días encerrado en un subterráneo romano y hoy disfrazado de payés me he atrevido á salir á la calle. ¡Hija mía que espectáculo! ¡Qué cuadro tan horroroso! ¡qué carnicería tan espantosa! ¡Qué abandono y soledad!....

Procuro hacerme superior á la pena que atenaceá mi alma y relatarte lo que ha ocurrido en esta ciudad durante los tres días que ha estado entregada á la soldadesca francesa y á sus aliados, que son los que han cometido más horrores y más infamias.

No se por donde empezar. La pluma tiembla en mis dedos y las lágrimas se escapan de mis ojos manchando el papel.

Los franceses en poco más de media hora se hicieron dueños de esta ciudad y las calles quedaron cubiertas de cadáveres. Suchet había dicho á sus soldados, que al asaltar esta plaza, se entregasen por espacio de tres días al saqueo sin respeto á lo divino y á lo profano, y los generales Habert y Montmarie se han afanado en satisfacer los deseos del General en Jefe.

La soldadesca atronando los aires con los gritos de *Viva el grande Napoleón*, y *viva el General*, en confuso desorden recorrían la ciudad. Se ocultó el sol, las llamas del incendio, reemplazan á la clara luz del día y principia el más horroroso drama. A nadie se dá cuartel. Los indefensos paisanos perseguidos como lobos carnívoros por las calles, son cosidos á bayonetazos, otros echados por los balcones, ventanas y azoteas, centenares de infelices son arrojados á las llamas. El que moría instantáneamente podía darse por dichoso, pues se ahorra todos los horrores de una bárbara agonía.

En la santa catedral, asilo sagrado, como lo creían buenamente muchos, pues en ella se habían reunido todos los hospitales de la plaza, se refugiaron más de ocho mil personas. Entran atropelladamente los franceses, roban vasos sagrados y reliquias y dan de sablazos á los que arrebatados de

santo celo; procuran recoger las sagradas formas esparcidas por las losas. A mí virtuoso amigo, el anciano sacerdote don Jaime Amill y á una religiosa, que se refugiaron en aquella santa casa, fueron tratados barbaramente por este piadoso delito.

Cuando esos sayones se hartaron de robar en la catedral cuanto les vino á mano, se llevaron los paisanos y en derredor de la Seo asesinaron unos setecientos. A otros infelices les obligaban á pasar á sus domicilios en busca de dinero y alhajas y si no daban con lo que apetecían eran bárbaramente degollados, como lo fueron el canónigo don Manuel Antonio de las Fuentes y el señor Arcediano de Vilaseca. A los muchachos les cargaban de ropas y otros efectos y á culetazos les obligaban á transportar lo robado á sus campamentos. Los que se habían escondido en la torre de la catedral, fueron arrojados por los ventanales; los desvalidos enfermos, contusos y heridos, solos y abandonados eran arrancados con violencia de sus camas y revolvían sus jergones en busca de oro; las pobres mujeres, pasado el primer ímpetu fueron objeto de la más asquerosa brutalidad. A muchas las violaron en la misma catedral en presencia de todo el mundo, pero á las más las sacaban á fuera sin atender á sus lágrimas, á sus gemidos de dolor

y las conducían á las casas y á sus campamentos, por satisfacer más libremente sus repugnantes apetitos. La que se resistía encontraba la muerte.

Mi buena, mi santa, mi honesta hija espiritual María de la Encarnación, esposa de un abogado que es el orgullo del foro, fué sorprendida en su casa por esos desalmados. Fingió un pretesto y se arrojó por dos veces á la cisterna sin que consiguiera ahogarse, por haber poca agua. Los imperiales la sacaron de ella casi sin aliento, y en presencia de su esposa la ultrajaron.

Otra dama que se llevaba un francés, al salir de la catedral, recomendó su hijo de teta á un paisano, y apoderándose del sable de su raptor, se dió la muerte.

Un oficial francés cogió en brazos á una agraciada jóven, y al conducirla á su campamento, dió con cuatro jefes que á toda costa querían quitársela, y viendo el raptor la superioridad del número, prefirió asesinarla antes que cederla.

Relatar minuciosamente de cuantos repugnantes crímenes han sido víctimas las débiles mujeres, es cosa superior á mis fuerzas y el rubor enciende mis mejillas. Hubo desgraciada, que fué seducida por cuatro á la vez, muriendo la pobre ahogada, como tuvo ocasión de presenciario mi ilustrado amigo el doctor D. Jaime Parcet,

cirujano mayor del Hospital de Caridad de esta ciudad, y personas muy eruditas, que me ha proporcionado algunos de estos datos.

El dueño del *Forn de las cuernas*, fué asado vivo en su horno, por el grave delito de haber mandado pintar en su tienda la derrota de los imperiales en las montañas del Bruch.

Un pobre muchacho, reconoció por el vestido, de color muy abigarrado, á su pobre madre, que formaba parte de un monton de cadáveres junto las gradas de la catedral. El llanto del abandonado niño, conmovió por vez primera el pecho de esos desalmados invasores, y procuraron consolarle prodigándole algunos cuidados. Desde aquel momento, la ira, el desenfreno y los atropellos del bárbaro enemigo parecieron calmarse con gran disgusto de Suchet, que escribe en el Diario de Barcelona, «que se conduele que sus tropas por falta de fuerzas ó por el cansancio, no hayan dado á su orden entero cumplimiento.»

¡Qué rasgo tan hermoso de piedad!

A las nueve de la noche del 27 de Junio, cuando era mayor la carnicería, entró ese monstruo en la ciudad y sin internarse se volvió desde la Rambla de San Carlos á su cuartel general establecido en la vecina

villa de Constantí. Tal vez enterneció su *noble* espíritu el horroroso cuadro que se extendía ante sus ojos, iluminado por la luz de las antorchas y por las llamas del incendio de los edificios convertidos en escombros. La presencia de su jefe, pareció dar ánimos á la soldadesca, que loca, desenfrenada, continuó cometiendo toda clase de crímenes y horrores.

Adios, mi piadosa hija. Dichosa mil veces tú, que no has presenciado tan horrorosa hecatombe. Escribo estas líneas á la luz dudosa del crepúsculo vespertino y apenas distingo los renglones que trazo. En otra continuaré mi relato, pues desgraciadamente, hay tela cortada para muchas cartas.

XXII

Apreciabilísima hermana en Jesucristo.
¡Quién sospechara, cuando en mis cartas te daba á conocer á la preciosa hija de la Paulassa, el trágico fin que el cielo le tenía deparado!

¡Pobrecita mártir de nuestra independencia! Su alma habrá encontrado en el cielo el premio á las nobles virtudes de que se ha hecho acreedora.

Quisiera hacerme superior á la pena que atenacea mi pecho y no puedo conseguirlo. Al contemplar tanta muerte, tan ruina, tanta desolación, miseria tanta, como dijo el poeta, huye de mi corazón la calma, las lágrimas empañan á todas horas mis ojos, una profunda tristeza me acompaña por todas partes y mi expíritu desmaya en medio de tanto abandono y soledad.

Juzga que para librarme de la muerte, he cambiado de traje, condición y nombre. Visto como los payeses, me finjo hortelano y me hago llamar Jaime Biarnau. Si descubrieran los sectarios de Suchet, que nunca he empuñado la podadera ni el azadón, que ignoro como se planta una col, que soy monje, y que mi verdadero nombre es fray Domingo, de fijo que bailarían en la horca, pues para los compasivos franceses, no hay crimen que se compare al de vestirse por la cabeza. Eres religioso, pues de rodillas, suenan cuatro tiros y te mandan el pasaporte para la eternidad. Es una delicia vivir con el alma en un hilo y expuesto á que te fusilen con la más buena intención y te ocupen durante el día en destruir los fuertes.

Por temer á toda sorpresa te escribo encerrado en un palomar, y Pablo el sobrino de la patrona está de centinela en la puerta. Ni así me creo seguro. Me parece que á lo mejor descenderá de las nubes algún granadero francés, se enterará de éstas líneas que escribo de prisa y corriendo, que con su garra imperial me cogerá del codo, me llevará á la plaza del Rey, ó á la Rambla de San Carlos, me entregará á sus esbirros, me harán bailar en un cordel, y me colgarán del cuello esta misiva que hará las veces de Inri.

Es mucho mi temor. Dejo la pluma, rezo, me paso los dedos por los ojos y procuro tranquilizarme, No se si lo conseguiré. ¡Qué el Todo Poderoso, no me deje un momento de su mano!...

Perdona estas digresiones. Mi abatido ánimo necesita expansión y tan solo la encuentro escribiendo éstas cartas que forman la continuación del Libro de un sitiado.

Mi patrona me avisa que tengo preparada la cena y como la luz es poca y mucha mi debilidad, mañana, Dios mediante, continuaré mi labor.

XXIII

Como te manifesté en mis anteriores, en la catedral se refugiaron más de ocho mil personas, otras buscaron la salvación en las demás iglesias, que como la Seo fueron saqueadas, profanadas y convertidas en depósito de cadáveres, pues la matanza en ellas subió de punto.

Cuando tuvo lugar el asalto, la Paulassa y su hija se encontraban en el Arco de San Magín, cuidando una partera, que el día anterior había dado á luz á dos gemelos, y muertas de espanto, y siguiendo el ejemplo de los vecinos, fueron á refugiarse en la Catedral.

Madre é hija, las dos abrazadas en el crucero, muertas de espanto veían aterrizadas como los imperiales sin respeto y

sin temor se llevaban las alhajas del templo, derumbaban las camas de los heridos y de los enfermos, arrancaban los pendientes de las orejas de las mujeres que proferían con amargos gritos de dolor, como seducían á rrecatadas damas y á honestas doncellas, como sirviéndose de la luz de las antorchas que llevaban en la mano iban de una parte á otra como endemoniados en busca de caudales; como clavados en las puntas de las bayonetas paseaban tiernos niños de teta arrancados de los brazos de sus madres, que yacían por el suelo ultrajadas y sin aliento. De pronto un soldado que parecía un Hércules vistiendo el uniforme militar, fijó sus lúbricos ojos en la agraciada doncella exclamando:

—Bocato di cardinale.

Y corrió hacía ella.

Era un italiano.

La muchacha desprendióse de su madre, ensortijó sus brazos en la verja del presbiterio y suelta al aire su negra y abundante cabellera, que la envolvía como un manto de terciopelo, logró escaparse de las manos del italiano que ya había hecho presa de ella.

—Camaradas, venid en mi auxilio, gritó aquel pervertido aliado, y cuatro franceses fueron á prestarle protección.

Lo que allí pasó fué horroroso. La Paulassa, de hinojos, convertida en un mar de lágrimas, abrazando las rodillas de aquellos verdugos, pedía inútilmente que respetasen la honra y la vida de su hija, que asida á los hierros de la verja del presbiterio como un naufrago á su tabla de salvación luchaba por su existencia y hermosa castidad, en tanto que uno tiraba de sus cabellos otro la cogía de los piés, los más cubrían su rostro de besos, y el italiano cogiéndola por la cintura, procuraba arrancarla de aquellos hierros más humanos que la desalmada soldadesca.

Uno de ellos exclamó con ira:

—Ea, acabemos de una vez.

Y desenvainó el machete.

Su madre lanzó un grito de terror y cayó desmayada al suelo. El francés cortó los brazos á la joven, ésta lanzó un amargo grito, desplómase su cuerpo y fué ultrajado en presencia del Señor. (1)

No puedo continuar. El triste y horroroso fin de esa joven, bella, modesta,

(1) A pesar de mis muchas investigaciones para averiguar el nombre de la hija de la Paulassa; no he podido conseguirlo. Algunos dicen que se llamaba Paula como su madre. En la verja del altar mayor, por espacio de muchos años estuvo expuesta una tabla relatando este episodio, que fué mandado quitar por uno de los Arzobispos, de aquella metropolitana Iglesia.

amable, llena de juventud y vida, próxima á desposarse con un honrado mancebo carpintero, que la quería como las niñas de sus ojos; me roba las fuerzas, mi corazón oprimido se recoge en lo más hondo de mi pecho, tiembla mi pluma, y solo puedo exclamar entre sollozos: ¡Señor Dios de los mortales! ¿por qué la loca ambición de un corso, nacido en mal hora de madre cristiana, ha de ocasionar tantas inocentes víctimas, fabricando las gradas de su trono con los ensangrentados cadáveres de sus despóticas legiones?..

XXIV

Mi buena y piadosísima paisana: He recibido tu carta y comprendo que las atrocidades cometidas por los franceses en esta capital hayan causado espanto, horror en los nobles corazones de esta comarca. Ignoro lo que será de Cataluña, cuando la única plaza fuerte en que ondeaba el pabellon de la patria, ha caído en poder del invasor, gracias á las rivalidades del ejército y á la ineptitud de Campoverde, que si concibe grandes empresas, no sabe llevarlas á cabo.

Hoy en compañía de don Agapito he ido á visitar el hospital de sangre, que se ha improvisado en la magnífica casa de doña Rosa Monmany casada con D. Anto-

nio Oliveres, impresor y librero establecido en Barcelona.

Es una dama de relevantes dotes morales é intelectuales y es tanta su afición á las matemáticas, que los problemas más difíciles de álgebra los resuelve de memoria. Conoce cuantas obras literarias se publican en España y en el extranjero, juzgándolas con un acierto que no le aventajaría un académico de la lengua.

Todas las salas de su casa están ocupadas por camas destinadas á los heridos, la mayoría extranjeros, y por ser sus heridas de gravedad dudo que vuelvan á ver el sol de su país. ¡Pobre gente! Han sido arrancados de su patria para servir á un déspota á quien no conocen, que se cree superior á todos los mortales y que considera las naciones un tablero de ejedrez, manejando á su gusto las figuras. El rayo de Dios caerá sobre la cabeza de ese ambicioso y ese genio de la guerra rodará hecho añicos para no levantarse jamás. Tantos y tantos crímenes no pueden quedar impunes.

Doña Rosa, también está herida y mortalmente. No creyéndose segura en Barcelona se trasladó con su familia á esta su ciudad natal. Apesar de su entereza de carácter temía los horrores del asalto. Una voz interior le decía, que los franceses co-

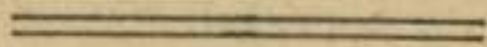
meterían mil atropellos en Tarragona si asaltaban sus murallas. El general Contreras, procuraba tranquilizarla diciéndole, que si llegaba desgraciadamente el momento del asalto, le mandaría recado para que se refugiase en la catedral, que estando en sagrado, no peligraría su existencia. Llegó el día 28 de tristísima memoria, los franceses se apoderan de la ciudad, reina la confusión y el espanto mezclados con la sorpresa; los dos hijos de doña Rosa cojen las armas, corren á la lucha, ella alocada abandona su casa, se dirige á la catedral, al subir las gradas, un soldado francés le asesta un bayonetazo en el costado, cae sin aliento, otros desalmados le dan de culatazos en el rostro no dejándole un diente sano y juzgándola muerta, acuchillan á otras inofensivas mujeres, que huyendo de la muerte iban á refugiarse en la casa del Señor.

En aquel momento el gobernador González, se presenta en la plaza, recoge á los soldados que huían desbandados, presenta cara al enemigo, y un oficial español de un sablazo divide en dos mitades la cabeza de un comandante francés, que cae herido al lado de doña Rosa. Vino la noche, los dos heridos, unos al lado del otro y sin poderse valer recobraron poco á poco el conocimiento. El comandante lamenta su triste

suerte viendo cercano su fin. Doña Rosa, que á compasiva nadie le iguala, le infunde ánimo y valor diciéndole, que ella posee un bálsamo que aplicándoselo sanará de sus heridas. El jefe vé el cielo abierto de par en par, y le ruega, que le diga donde lo guarda. Ella le contesta, que cuando sean trasladados al hospital encargará á los enfermeros que vayan en su busca. Las horas transcurrieron. Se acercaba el alba, los camilleros franceses iban recogiendo los heridos, principiando por los de alta graduación, es recogido el militar y ruega que con el lo sea la señora. Grande fué la sorpresa de la dama al ver que se dirigian á su casa, convertida en hospital de sangre. Acostaron á los dos heridos en la misma sala, doña Rosa entregó á un soldado francés la llave de un armario colocado en el primer piso, y de él sacó el gabacho dos pucheros que contenían el bálsamo milagroso, que lo aplicaron á la dama y al militar que sanó como por milagro. El comandante, que es quien me ha contado este episodio, ha quedado de la dama tan reconocido que se ha convertido en el ángel custudio de toda la familia. Doña Rosa aún guarda cama, y según dicen los médicos, su mal no tiene cura. El bayonetazo que recibió en el costado izquierdo es de mucha gravedad, y si lle-

gara á curar con el auxilio de Dios y de la ciencia, quedaría imposibilitada para todo trabajo manual (1).

¡Qué hermosa es la caridad! Ella es la portada de la Biblia. Al ver juntos en una misma sala soldados españoles y extranjeros, cuidados con el mismo desvelo é interés, mi oprimido corazón se ensancha y bendigo las nobles obras de la humanidad en favor del desvalido. ¿Porqué los hombres no hemos de ser siempre hermanos tanto en la guerra como en la paz, y romper las armas que los déspotas y los envidiosos ponen en nuestras manos para ensanchar sus dominios?



(1) Esta señora murió á los 92 años de edad, en su librería establecida en la calle de la Fusteria, en Barcelona.

XXV

Te prometí hablarte del trágico fin de Marcela y cumplo lo prometido. Entre paréntesis. En su casa todos han logrado salvarse, exceptuándose don Gasparito, que abrazando la guitarra murió en manos de un alemán. Este glorioso instrumento, encanto del pueblo, compañero del estudiante de tuna, ídolo de los barberos, regocijo de los contrabandistas, ilusión de los caleseros, adorno de los salones, paño de lágrimas de los enamorados, ha perdido con don Gasparito el más entusiasta, el más fino, el más rendido de sus admiradores. Si su alma ha subido á la gloria, cuanto será su pena, viendo que los ángeles pulsan las arpas célicas en vez de la melodiosa guitarra. Como en presencia de Dios

todo se olvida se acostumbrará á esa nueva música y sonarán muy bien en sus oídos las arpas de Sion.

Hablemos de Marcela y de su amante.

La niña, el día veinte y ocho, por la tarde, tuvo una entrevista con Felipe en el claustro de la catedral. Lo que se dijeron lo sabe Dios, pues fué una cita sin testigos y los enamorados hablan muy bajo, como si conspirasen.

A las seis menos cuarto los dos novios se despidieron.

Marcela, entró en la capilla del sacramento y el galán salió á la calle.

Bajó á la Rambla de San Carlos, se vió envuelto en el jaleo producido por el asalto, tomó un fusil de manos de un moribundo, tiró el sombrero, quitóse el casaca y se batió como un valiente.

La noche le sorprendió combatiendo. Loco, desesperado, entró en la calle de Caballers. El mismo no se daba cuenta del sitio en que se encontraba. Una voz de mujer, dulce y vibrante llegó á sus oídos. El joven volvió la cabeza y oyó claramente estas palabras:

—Tire V. el arma y ampárese en esta casa.

Felipe obedeció. Aquella voz era la de una novicia del convento de Santa Clara, que con toda la comunidad se había refu-

giado en casa de los señores de Castellar-nau, y le franqueó la puerta.

Tres días estuvo Felipe encerrado en aquella noble mansión, y cuidado por las monjas que le trataron con mucho cariño. Pero el pobre no se fijaba en las nobles atenciones de que era objeto. Todos sus cinco sentidos, su alma, su corazón, su pensamiento estaban fijos en Marcela.

—¡Qué será de tí, amor mío! exclamaba paseándose por los tristes y largos corredores de aquella antigua casa solariega.

La enamorada niña continuaba en la catedral. Triste, llorosa, sola, desamparada, temblando como una tímida gacela contemplaba los atropellos y horrores del invasor. Un granadero llegó hasta el altar, se apoderó del caliz y arrojó por el suelo las sagradas formas, Marcela lanzó un grito de horror y despreciando el peligro se apresuró á recoger el sagrado pan eucarístico. Los soldados soltaron brutal y cínica carcajada; y repugnantes palabrotas salieron de los labios de los señores de Europa:

De las palabras pasaron á los hechos. La infeliz resistióse con un heroísmo á toda prueba y asiéndola por los brazos y ambas piernas uno de aquellos desalmados le aplicó una antorcha encendida, convirtiendo en llamas su falda y desfigurando aquel rostro, que parecía saca-

do del molde de un serafín de Rubens (1).

Durante toda la noche continuó la matanza dentro del templo, y por las calles por espacio de tres días. Era imposible dar un paso por ellas pues estaban atestadas de cadáveres, algunos de ellos ya en descomposición, y un aire insalubre, fétido, repugnante, precursor de toda epidemia se respiraba en la ciudad.

Entonces los nuevos señores de Tarragona, fueron en busca de los paisanos que quedaban con vida, que más que hombres parecían fantasmas, les obligaron á encender cuatro grandes hogueras en el llano de la catedral, y en ellas arrojar á las desgraciadas víctimas.

Felipe sorprendido en su encierro, fué conducido á la Catedral. Había cerrado la noche, el aspecto del templo infundía terror al más osado. Parecía que los romanos habitasen de nuevo á Tarragona y hubiesen convertido la Seo en repugnante espoliarium. Solo ensangrentados miembros esparcidos por el suelo se admiraban en derredor.

Un capitán de la división Humbert dijo encarándose con Felipe:

—Sigue el ejemplo de tus paisanos.. Carga con los muertos y á la hoguera.

(1) Rigurosamente histórico.

El joven obedeció.

Unos veinte cadáveres había tirado á las llamas cuando á su dudosa luz fijó con insistencia los ojos en el que sostenía en sus brazos. Mudo, estático, latiéndole con violencia el corazón fijó todos sus sentidos en aquel profanado cuerpo, quemado y desfigurado por los horrores de la agonía.

Un sargento le dijo con fiereza:

—Ea, á las llamas.

Felipe, pareció no oírle; sus ojos se clavaron con más intensidad en el rostro de la muerta. Su cuerpo experimentó una viva sacudida, sus facciones se contrajeron, estrechó el cadáver con ardorosa pasión contra su pecho y prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

El desgraciado había perdido la razón.

.
Adios mi devota paisana, no quiero ni puedo continuar por más tiempo en esta ciudad. La esclavitud es lo que más temo en este mundo. Cuando esta carta llegue á tus manos ya estaré camino de Montserrat, y bajo el amparo y protección de la Virgen, que me ha librado de la muerte, y de la Junta Superior del Principado, que desde aquellas altivas breñas vela por el bien de Cataluña.

XXVI

Apreciabilísima señora: esta carta es un himno á la libertad y á la naturaleza. ¡Qué bien se vive en estas montañas, las más bellas y caprichosas que han salido de las manos del Criador!... ¡Cómo alegran mis ojos la florida retama, el verde romero, el perfumado tomillo, la zarza-rosa y otras flores silvestres que sirven de alfombra á la Virgen morenita del territorio catalán!

Soy libre como los pájaros que revolotean sobre mí cabeza, y sentado al pié *dels degotalls* contemplo el típico santuario de San Llorens de Muns, industriales villas, caprichosas aldeas, alegres caseríos, inmensos campos de verdura, parte del llano de Barcelona, el mar que parece una sábana de plata; á lo lejos los escabrosos

riscos de Lérida; las violetadas montañas de Aragón, y en el último término del horizonte, las cumbres de los nevados Pirineos, que se ocultan entre las nubes, y por sus terribles arrecifes, descienden las temibles legiones de Bonaparte, que convertirán á España en un árido arenal.

Los monjes me han recibido con mucho amor, y ocupó una celda muy clara y muy limpia con vistas á la cueva de la virgen, que conduce á ella un camino mandado construir por doña Gertrudis de Campaviella y Montserrat, marquesa de Tamarit, que ella llamaba el camino de plata, pues subió su coste á sesenta mil ducados. Una friolera.

Con los señores de la Junta Superior de Cataluña, hemos hablado largamente de los sucesos de Tarragona, y me han facilitado copia de la comunicación que mandaron á Campoverde, excitándole á venir en auxilio de Tarragona. Como es un documento histórico te lo incluyo para que lo entregues al amigo Baldrich, diciéndole que tome la presente por suya.

«D. Valentín Segura, Vocal de esta Junta Superior, acabá de participarle el resultado del Consejo de Guerra celebrado en este Cuartel general en la tarde del día 26, y cuando esperaba la Junta, que sin

detenerse en obstáculos, se habría acordado la repentina marcha de tropas al auxilio de la importantísima plaza de Tarragona, se halla con el más acerbo dolor, de que se resolvió, que la plaza se defendiera por sí misma, hasta hacer guerra por calles á imitación de la inmortal Gerona, mediante á que todavía no tenía brecha abierta, y atendida la calidad de las tropas con que nos hallamos. Ya tiene expuesto y repetido muchas veces á V. E. esta Junta, que Tarragona siempre, y con particularidad desde las funestas pérdidas del Olivo y del Puerto, estaba en sumo y próximo peligro, y que su socorro exigía ser instantáneo; esto mismo lo ha corroborado con copias de los oficios que ha recibido del Comandante General del Canton de Tarragona, cuya defensa se le está confiada, y este mismo General ha hablado claramente á V. E. sobre la importancia de ir volando al auxilio de Tarragona, en términos que el dilatarlo más tiempo del que señalaba era perder la Plaza. Y cuando el encargado de semejante defensa expone el riesgo que amenaza, y dice que Tarragona, va en breve á mudar de amo, si por de fuera no se la auxilia ¿qué más se ha de esperar? Cuando dice que todo, ya víveres, ya municiones, vá al instante á faltar en la Plaza, ¿á cuándo aguarda

el ejército de operaciones á maniobrar? Y cuando por último hace ver, que la parte que debe ser atacada está sin fuegos, y sin otros requisitos, ¿ha de esperar por ventura este mismo ejército á ir al auxilio de Tarragona, cuando ya no tenga remedio? La Junta ha cumplido con su obligación exponiendo á V. E. vivísimamente el peligro, y solicitando encarecidamente un ataque combinado; más no ha sido oída. Por consiguiente V. E., y cuantos Generales han asistido al Consejo de Guerra, quedan estrechísimamente responsables al Principado, y á todo el Reino, de la pérdida de Tarragona, si sucede, y de las consecuencias que con ella han de experimentar no solo esta fiel, benemérita y sacrificada Provincia, sino también las circunvecinas, y particularmente la que con tanta generosidad nos ha favorecido con víveres y tropa, precisamente en un tiempo que presentaba el aspecto más propicio para hacer levantar el sitio, cuando no batir al enemigo, no pudiéndose prometer otra cosa de sus esfuerzos, que el verse quizás en breve destruida por el mismo enemigo, á quien ha procurado hostilizar del modo que V. E. no ignora. Tarragona, Excmo. Sr., vá á espirar luego; sus lamentos los renueva á V. E. esta Junta; y el muy próximo peligro de caer en poder

del enemigo, lo verá V. E. en la adjunta copia del oficio que el Sr. Contreras ha pasado á la Comisión de esta Junta, que se halla en aquella Plaza, y que como dirigido á la Junta. se lo ha remitido por expreso. La suerte de Tarragona según el mismo General, es fatalísima, y su resultado vá á verse luego con llanto y luto de todo el Principado, de modo que si por la misma determinación del Consejo de Guerra ha de socorrerse por todos medios la Plaza, cuando esté en el último apuro, nos hallamos ya en el caso de hacerlo, pues que según el oficio del Sr. Contreras, ya no puede ser mayor el riesgo de verse de un instante á otro presa del enemigo. Si la Junta observase, que esta exposición no es atendida, dejando de atacar prontamente al enemigo, ó siguiendo el plan del señor Contreras, ú otro bien combinado, se verá indispensablemente obligada á elevar á S. M., á las Cortes generales del Reino, y al Consejo de Regencia, cuanto ha pasado hasta ahora desde el principio del sitio, en copia de los oficios y pasos que ha dirigido y practicado con V. E. esta Junta, y de las contestaciones de V. E.; y lo hará manifiesto al Principado, para que sepa por quién se habrá perdido Tarragona, en caso que acontezca.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Montserrat 27 Junio de 1811.»

Este documento no llegó á manos de Campoverde, según dicen algunos, y si llegó, hizo oídos de mercader. El pueblo está irritado contra dicho señor, que quiere marcharse á Valencia. Los paisanos la parte sana, valiente, decidida y emprendedora, de nuestro país emprenderá una enérgica campaña por su cuenta, y acabará tal vez con los franceses.

No quiero ocuparme más de cosas de la guerra. La campana del Monasterio llama á la Salve y entro en el templo como los penitentes peregrinos, los humildes rome-ros, los sencillos campesinos entonando el birolay de María, aquella tierna y hermosa salutación que tan bien suena en mis oídos y empieza así:

«Rosa plasent,
soleye de resplandor,
stela Lucent;
fonel de sané amor.»

FIN DE TARRAGONA EN 1811

Barcelona, Mayo 1894.

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU



7076709

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Notas perdidas (poesías, 2.^a edición, agotada.)
La Vara de la Justicia (novela).
Siluetas españolas.
Romances de Corte y Villa.
Consuelo (novela).
Tardes de Otoño.
María-Mario (Dos idilios).
A orillas del Freser (2.^a edición, agotada).
La Quinta Samá (Recuerdos de una excursión).
Capullos y Besos (poesías).

EPISODIOS DE MI TIERRA

- I. — Pedro de Rovellat.
 - II. — La Tirana.
 - III. — Las mujeres de Arbós.
 - IV. — Tarragona en 1811.
-

EN PREPARACIÓN

EL GENERAL MANSO

De venta en las principales librerías